

CONTEMPLACIÓN DEL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

FLORENTINO MUÑOZ MUÑOZ
Instituto Teológico de Cáceres

RESUMEN

Hemos intentado adentrarnos en el misterio de la Eucaristía para conocerlo mejor, celebrarlo con una fe más profunda y vivirlo con mayor autenticidad, llevando una existencia eucarística. Para ello hemos recordado la finalidad y los objetivos básicos del Año Eucarístico convocado por Juan Pablo II de feliz recuerdo y que ha sido clausurado por Benedicto XVI, hemos hecho una lectura creyente y entrañable del relato de los discípulos de Emaús en quienes nos hemos visto y sentido, hemos vuelto a sobrecogernos ante los relatos bíblicos de la Institución de la Eucaristía y nos hemos acercado a la celebración de la Eucaristía en las primeras Comunidades Cristianas. Además, hemos puesto de relieve las exigencias humanas, espirituales, morales, eclesiales y sociales que lleva la Eucaristía para quienes participan en ella. Finalmente hemos hecho una llamada a la participación “activa, consciente y fructuosa” en la Eucaristía Dominical y una exhortación por María, “mujer eucarística”.

Palabras clave: Año eucarístico, Emaús, Eucaristía, María

SUMMARY

We have attempted to penetrate into the mystery of the Eucharist in order to gain a better understanding of it, as well as to celebrate it with a more profound faith and to live a more authentic existence having a eucharistic-centered lifestyle. For such a purpose, we have recollected both the object and the basic aims of the Eucharistic Year summoned by the late Pope John Paul II and which has been brought to a close by Benedict XVI. We have interpreted with affection the attractive account of the Emmaus Road disciples, with whom we feel at one. We have also been startled once again by the Biblical accounts repeated during the Eucharist and have come close to its celebration within the first Christian Communities. In addition, we have emphasized the human, spiritual, moral, ecclesiastic and social requirements which the Eucharist entails for those who take part in it. Finally,

we have called for an active, conscious and productive participation within Sunday Eucharist and for exhortation about the Virgin Mary, the “eucharistic woman”.

Key words: Eucharistic Year, Emmaus, Eucharist, Virgin Mary

La Eucaristía es “*mysterium fidei*”, misterio de la fe que supera las capacidades de nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe: “*Adoro te devote, latens Deitas*”, “Te adoro devotamente, oculta Divinidad”.

¿Cómo podemos prepararnos para recibir esa luz de Dios que es la fe? O. González de Cardedal nos ofrece esta respuesta: “Es necesario crear otros ojos y otra alma para poder sospechar otro mundo, para anhelar otro pan, superando nuestra gana de vegetar y nuestra inercia para vivir. Es necesaria otra actitud para poder percibir la presencia de lo real y sobre todo la gracia de lo Eterno que, adviniendo sobre nosotros, suscita otra experiencia de la existencia: de uno mismo, del prójimo y de Dios”¹.

“¿Cómo se realizará esto?”, se pregunta B. Welte. Y responde: “Enumeremos exclusivamente tres puntos: una nueva experiencia de la trascendencia, una nueva comunicación con la profundidad, un despertar de la capacidad para el símbolo”².

En nuestro trabajo explicaremos tres temas íntimamente relacionados entre sí: (1) “El significado del Año Eucarístico”; (2) “Por el Camino de Emaús” y (3) “Reflexión teológica sobre la Eucaristía”.

1. EL AÑO EUCARÍSTICO

Estamos celebrando el “Año Eucarístico” convocado por Juan Pablo II, de feliz memoria, a quien le agradecemos vivamente este gesto. Se extiende desde octubre de 2004 hasta octubre de 2005. Señalemos algunos aspectos de este acontecimiento teológico y vivencial.

Los objetivos del Año Eucarístico son:

- acercarnos a la Eucaristía con mayor fe y adoración,
- renovar nuestro “asombro eucarístico” ante la Eucaristía³,
- descubrir y asumir la realidad inmensa de este Misterio,

¹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del Cristianismo*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1997, 505.

² B. WELTE, “Der Kult in integrierten und fortschrittlichen Gesellschaften”, en *Zeit und Geheimnis. Philosophische Abhandlung*, Freiburg, 1975, citado en *ib.*, 505, nota 76.

³ JUAN PABLO II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (17-IV- 2003), Madrid, Edibesa, 2003, n. 6.

- adorar y contemplar a Jesucristo en la Eucaristía,
- llevar una existencia eucarística⁴.

Los motivos del Año eucarístico

Juan Pablo II manifiesta los motivos de este Año Eucarístico:

“La ocasión propicia para esta iniciativa me la han brindado dos acontecimientos, que acompañarán oportunamente su inicio y su fin: el Congreso Eucarístico Internacional, programado del 10 al 17 de octubre en Guadalajara (México), y la asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebrará en el Vaticano del 2 al 29 de octubre de 2005, y que tendrá como tema: «La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia»⁵.

La finalidad del Año Eucarístico

Hemos de considerar este Año Eucarístico como “una ocasión valiosa para una toma de conciencia renovada del tesoro incomparable que Cristo ha encomendado a su Iglesia; que sea estímulo para una celebración más viva y sentida, de la que surja una existencia cristiana transformada por el amor”⁶. Podemos decir que la gran finalidad del Año Eucarístico es promover la santidad ya que la primera urgencia pastoral de la Iglesia en este momento de nuestra historia es fomentar la santidad de vida de todos: sacerdotes, consagrados y laicos.

Esta llamada común a la santidad nos ha sido dirigida por el Señor: “sed santos porque vuestro Padre celestial es Santo” (Mt5, 48); después, y en coherencia y fidelidad con el Señor, por San Pablo: “esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1 Ts 4, 3). En nuestros días, el Concilio Vaticano II y Juan Pablo II nos han recordado esta misma llamada a la renovación evangélica de la vida cristiana. El Papa Benedicto XVI ha dicho a los jóvenes: “Los santos son los verdaderos reformadores... Sólo de los santos, sólo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo” (Vigilia en Marienfeld (Colonia) con motivo de las XX Jornadas Mundiales de la Juventud, 2005).

La Eucaristía es manantial de santidad. En efecto, “todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica

⁴ Juan Pablo II afirma que “las actitudes íntimas que fomenta la Eucaristía son: la gratitud por los bienes recibidos del cielo, ya que la Eucaristía significa acción de gracias; la actitud donante que los lleva a unir su entrega personal al ofrecimiento eucarístico de Cristo; la caridad alimentada por un sacramento que es signo de unidad y de participación; el deseo de contemplación y adoración ante Cristo realmente presente bajo las especies eucarísticas” (Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis* (25 de marzo de 1992), Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 1992, n. 48).

⁵ JUAN PABLO II, Carta Ap. *Mane nobiscum, Domine* (7-X-2004), San Pablo, Madrid, 2004, n. 4.

⁶ *L. c.*

de planes pastorales, ha de sacar del misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen” (EdE, 60).

Nuestra Diócesis de Coria-Cáceres, bajo la guía de nuestro Pastor, Mons. D. Ciriaco Benavente Mateos, ha asumido la llamada de Juan Pablo II y se ha incorporado con gozo y alegría a la celebración del “Año Eucarístico”. Sabemos que la Eucaristía es el corazón de la Iglesia y de la vida cristiana; no podemos vivir sin ella, como no podemos vivir sin la celebración del Domingo. El Concilio Vaticano II enseña que “no se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la sagrada Eucaristía” (PO 6), que la Eucaristía es la “fuente y cima de toda evangelización” (PO 5) y que “los demás sacramentos, al igual que todos los ministerios eclesiales y las obras del apostolado, están unidos con la Eucaristía y hacia ella se ordenan” (PO 5). Tengamos presente esta doctrina conciliar y no la olvidemos.

La Exposición dedicada a la Stma. Eucaristía

En este contexto eclesial y eucarístico se situó y se comprendió en la diócesis de Coria-Cáceres una hermosa Exposición dedicada al Misterio de la Eucaristía inspiradora de este trabajo, que pretendió ser no sólo una muestra de hermosas pinturas y excelentes documentos sobre ella, sino también una página histórica y una entrañable catequesis que nos ayudara y aún ayuda a conocer mejor este misterio de la fe, a amarlo y a llevar una existencia eucarística.

¿Qué pretenden estas reflexiones?

Con estas reflexiones bíblico-teológicas queremos presentar a todos la fe eucarística de la Iglesia y facilitarles adentrarse en el inefable misterio de la Eucaristía que “contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo”⁷ y en la que nos muestra su amor que llega “hasta el extremo” (Jn 13,1), un amor desmedido e ilimitado, que ni conoce límites ni tiene medida”⁸ pues da la vida por todos.

2. POR EL CAMINO DE EMAÚS

Invitamos a los lectores de estas páginas a unirse a los discípulos de Emaús para participar en su recorrido de Jerusalén a Emaús y de Emaús a Jerusalén (Lc

⁷ Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 5.

⁸ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 11.

24,13-35). El Señor Resucitado nos saldrá al encuentro en el camino de nuestra vida, de nuestra Iglesia, de nuestra humanidad para abrir nuestros ojos a fin de reconocerlo, para vivir en comunidad y para enviarnos en misión evangelizadora al mundo.

2.1. Contenido y significado del relato

Los cristianos “de la segunda generación” se hacían muchas preguntas. He aquí algunas: ¿dónde podemos encontrar al Señor ahora? ¿cómo una persona puede llegar a ser cristiano? ¿cómo podemos pasar de la no-fe a la fe?

Lucas responde a estas preguntas a través de tres relatos hermosos. Los discípulos de Emaús (Lc 24, 31-35); la conversión de Saulo en el camino hacia Damasco (Hch 9, 1-9); Felipe bautiza al eunuco de la Reina de Candaces (Hch 8, 26-39). Nos fijamos solamente en el relato de los discípulos que caminan hacia Emaús.

Desentrañemos el contenido de este relato admirable y emotivo, interpelante y esperanzador, que narra San Lucas. Impliquémonos en este relato. Dejemos que el texto nos hable, nos pregunte, nos cuestione... Es un buen ejemplo de teología narrativa.

Consideramos este relato ante todo desde la perspectiva de la pedagogía de la fe, sin prejuzgar su historicidad. Emaús es el camino de la fe hasta llegar a reconocer a Jesucristo Resucitado⁹.

“Son muchos los motivos que podríamos destacar en esta catequesis, convertida en principio de la más intensa teología de la pascua. Podríamos hablar de una “hermenéutica”, es decir, de una nueva comprensión de la Escritura, desde el Cristo muerto. También podemos hablar de una “revelación”, pues Dios se manifiesta por medio del Cristo vencedor sobre la muerte, y de una “iluminación transformadora”, pues los antiguos fugitivos descubren que su vida cambia al contacto con Jesús resucitado. Hay en el fondo de todo una experiencia de conversión, pues los mismos que escapaban de Jesús y de su grupo vuelven y descubren a la Iglesia como una comunidad que se reúne en torno a la confesión pascual...”¹⁰.

Hagamos nuestro el camino de estos discípulos de Jesús. No pertenecen al grupo de los Once, sino al grupo extenso de los discípulos. Es muy posible que nos veamos representados en ellos¹¹, porque también nosotros estamos en búsqueda permanente de sentido, de absoluto, de Dios: “vamos de descubrimiento en descu-

⁹ A. GEORGE, *Lecture de l'évangile selon Saint Luc*, Lyon, PROFAC, 1971, 63-64. Cf. P. BENOIT, *Pasión y resurrección del Señor*, Madrid, Fax, 1971, 311-312; X. BASURKO, *Para comprender la Eucaristía*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 1997, 50-51.

¹⁰ X. PIKAZA, *Camino de pascua, Misterios de gloria*, Salamanca, Sígueme, 1996, 148.

¹¹ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 2.

brimiento”. El evangelista San Lucas muestra a sus contemporáneos y a nosotros el camino para creer en Jesucristo Resucitado¹², “esperanza de todos los pueblos”.

“Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día” (v. 13)

Después de la muerte en cruz de Jesús, su Maestro y Amigo, sus discípulos esperaban su resurrección y su triunfo definitivo. No era posible que una persona tan buena como Jesús quedara atrapada para siempre en las garras fatales de la muerte; no era posible que una persona que se desvivió por los demás hasta dar su vida por ellos “se perdiera para siempre”. El mismo Jesús, en camino hacia Jerusalén, había anunciado a sus discípulos, su triunfo después de la muerte en cruz (Mc 8, 31ss).

Habían pasado ya unos días después de su muerte, y sólo algunas mujeres y unos compañeros decían que encontraron el sepulcro vacío pero a Él no lo vieron. Se producen desconcierto y perplejidad entre los discípulos.

En este ambiente, algunos de ellos rompen con la comunidad y se marchan. Nadie les daba seguridades, nadie despejaba por completo sus dudas, nadie llenaba sus esperanzas. Creyeron que todo había terminado: “como siempre la muerte da al traste con todas las esperanzas, las ilusiones, los sueños...”, dirían. De nada les sirvieron los ánimos que daban algunos. Entristecidos y desanimados, apenados y abatidos, se marcharon a Emaús¹³. Se van de Jerusalén, vuelven la espalda a su experiencia pasada con Jesús. Su pasado está muerto. Parece que no hay futuro.

Estos discípulos, uno se llama Cleofás, no aceptan, ni consideran suficientes los rumores y lo que les cuentan... Querían ver, tocar, palpar, verificar, constatar, dominar. No obstante, en lo más hondo de sus corazones heridos, seguían esperando...

Hoy hay hombres y mujeres que, en otro tiempo creyentes convencidos y fervorosos, han “perdido” la fe y la esperanza, se han alejado de la Iglesia y terminan dejándola, tal vez sin saber bien, las razones y los motivos últimos.

Otros piensan que la Religión ha terminado para ellos, hombres y mujeres adultos del siglo XXI. Se creen señores de su vida y dueños de su destino: se consideran independientes y autónomos; piensan que han roto definitivamente los vín-

¹² X. BASURKO, *o.c.*, 50-51.

¹³ C. STUHLMUELLER, “Evangelio según San Lucas”, en R. BROWN Y OTROS, *Comentario bíblico “San Jerónimo” III, Nuevo Testamento I*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1972, 295-420. Este autor escribe: “Se discute la localización de Emaús. La Tradición la sitúa en ‘Amwas’, en el camino de Jerusalén a Jaffa, a unos treinta kilómetros de la primera, demasiado lejos para los “sesenta estadios” (unos 11 kilómetros que se mencionan aquí). Desde las Cruzadas (1280) se ha señalado como emplazamiento de Emaús la aldea de el-Quebeibeh, lo que supone una fecha inicial demasiado tardía para esta tradición, pero su distancia de unos 13 kilómetros al noroeste de Jerusalén responde mejor a los datos del relato bíblico” (cf. C. KOPP, “Holy Places”, en *ib.*, 396-402).

culos que los unían con Dios; se ponen a caminar por otros senderos y se creen definitivamente libres.

Otros hay para quienes las preocupaciones y las ocupaciones de cada día son tan abundantes y tan intensas que el “Domingo” no acaba de llegar a sus personas y a sus vidas. Afirman que tienen otras cosas más importantes en las que pensar y ocuparse.

Otros siguen buscando, porque el ser humano es un ser en búsqueda continua, permanente y perpetua de sentido, de liberación, de felicidad, de verdad, de amor, en definitiva, de Dios¹⁴.

¿A dónde se llega por estos caminos? Creemos que tarde o temprano el ser humano se da cuenta de que no todo funciona bien, de que no tiene explicaciones para todo, de que el hombre y la mujer sin Dios resultan inexplicables: “La criatura sin el Creador se esfuma” (GS, 36). Es inútil mirar hacia otro lado. Las preguntas y los interrogantes están ahí, ante ellos, ya que surgen desde lo más íntimo de su ser.

Pensamos que la vida de cualquier persona es un proceso, un camino interior que ha de recorrer. Este proceso conduce hacia nuestra maduración y crecimiento, hacia el encuentro con el Absoluto, a quien los creyentes llamamos Dios.

“Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos” (v. 15)

En el camino, iban hablando juntos. Caminar invita a compartir las propias experiencias y vivencias, a pensar y reflexionar sobre lo que se ha visto, sufrido, gozado... Esto les acontece a estos discípulos. Conocen y saben pero desconocen el sentido profundo de los acontecimientos. No se explican lo que ha ocurrido y por qué ha acontecido. Van preocupados, inquietos, perplejos. Están convencidos de que Jesús es inocente y justo, bueno y misericordioso, compasivo y santo.

- ¿Por qué ocurren estas cosas?, ¿por qué han crucificado a Jesús? se preguntarían.
- ¿Es que no somos capaces de soportar la presencia y la mirada, la palabra y el comportamiento del hombre justo entre nosotros?

De pronto, un hombre, (al que los discípulos no reconocen, pero el lector sí), caminante como ellos, se les acerca, quiere hacer camino con ellos para acompañarlos en ese proceso personal, en esta búsqueda común, que están viviendo y para ayudarlos en sus deliberaciones, discusiones, dudas...

¹⁴ El Catecismo de la Iglesia Católica enseña: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” (n.27).

No pocos seres humanos van solos por la vida, sin saber de dónde vienen, sin conocer el sentido de la vida y de la muerte... Necesitan que alguien se acerque a ellos para acompañarlos, escucharlos, alentarlos... En momentos de oscuridad, de perplejidad, de dolor... se agradece una presencia amiga que ilumine y comparta una palabra de esperanza, desde la cercanía, la gratuidad, el desinterés...

Hagamos un alto en el camino de la vida y pensemos. No estamos solos en la vida. Dios, misterio de amor y de gracia, nos funda y nos fundamenta, nos sostiene y nos alienta, y, al final, nos tomará de la mano y nos adentrará en su regazo de Padre/Madre por toda la eternidad.

“En Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28). Esta es la convicción de Pablo. San Agustín lo expresaba con otras palabras: “Dios es *interior intimo meo, superior summo meo*” (“Dios está más presente a mí que yo a mí mismo, Dios está presente con mayor profundidad en mí que yo en mí mismo”)¹⁵.

No vamos solos por los senderos de la historia. Hay alguien que camina a nuestro lado, que va con nosotros; es Jesús que sale a nuestros caminos y se hace compañero nuestro, nos escucha y nos habla, nos abre un horizonte inmenso de luz y nos hace renacer a la esperanza. No le demos la espalda ya que “el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS, 22).

La Iglesia manifiesta esta misma convicción mediante su oración:

“Ando por mi camino, pasajero
y a veces creo que voy solo sin compañía,
hasta que siento el paso que me guía,
al compás de mi andar, de otro viajero.

No lo veo, pero está. Si voy ligero,
Él apresura el paso...

Y, cuando hay que subir monte (Calvario
lo llama él), siento en su mano amiga,
que me ayuda, una llaga dolorosa”¹⁶.

La Iglesia es signo de Jesús en medio de los pueblos y naciones, en el seno de la humanidad. La Iglesia quiere ser compañera de todos y de cada uno de los seres humanos. Por eso Juan Pablo II enseña que “el hombre es el camino primero y fundamental de la Iglesia”, especialmente el pobre, el enfermo, el desvalido, el excluido, el abandonado, el ultrajado... Pero no olvidemos lo que poco antes el Papa había dicho: “Jesucristo es el camino principal de la Iglesia, Él mismo es nuestro camino «hacia la casa del Padre»” (cf. Jn 14, 1ss.) y es también “el camino

¹⁵ S. AGUSTÍN, *Confessiones*, c. 6, n. 11, PL 32, 688.

¹⁶ *Himno Litúrgico* de la Hora Intermedia del 1er. Viernes.

hacia cada hombre”. Por consiguiente, también la fórmula del hombre como primer camino de la Iglesia prosigue así: “camino trazado por Cristo mismo, camino que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención”¹⁷.

La Iglesia quiere ser hogar acogedor para todos, especialmente para quien no lo tiene, para quien lo busca, para quien pregunta, de tal modo que nadie se sienta extraño en ella. Quiere ser “recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y paz para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”¹⁸. La Iglesia de la esperanza, la Iglesia esperanzada que comunica y da esperanza a tantos que ya no esperan o esperan poco... No nos cansemos nunca de dar esperanza y de ofrecer razones para esperar, para vivir...

La Iglesia quiere ayudar a todos a descubrir e interpretar con autenticidad los signos de Dios en estos tiempos, a leer las Escrituras Santas con nuevos ojos y a preguntar qué nos dice Dios a quienes las leemos hoy.

“Pero sus ojos no lo reconocieron” (v. 16)

El viajero es un conocido al que no reconocen por una serie de circunstancias que irán descifrando e interpretando poco a poco. De todos modos, lo acogen con respeto y esperanza y lo tratan como un “tú”. “Cuando alguien es reconocido como un tú (...) es siempre “gracia” y oportunidad para darse con más verdad, en un proceso de reconocimiento personal, de enriquecimiento y de saber quiénes somos”¹⁹.

Pero, ¿por qué no lo reconocen? ¿No era este viajero Jesús de Nazaret con el que habían convivido desde Galilea hasta la pasión? ¿Qué ha ocurrido para que ellos no lo reconozcan en el camino hacia Emaús, aunque presientan ya algo de su “identidad”? ¿Qué ha pasado?

Para reconocer a Jesús resucitado no bastan los ojos de nuestro cuerpo ya que la resurrección de Jesús no es el retorno a este mundo y a esta forma de existencia. Jesús entra en virtud de la resurrección en el mundo inefable de Dios, es acogido en su Reino definitivo. Por eso es necesario que el hombre sea agraciado por el Señor y reciba una nueva luz procedente del misterio de Dios para poder reconocerlo. Sólo cuando el ser humano recibe esa gracia y esa luz puede “pasar de los signos al misterio”, reconocer al “viajero” y clamar: es el mismo Jesús crucificado pero resucitado, en la gloria de Dios; puede decir como el apóstol Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20, 28). Santo Tomás de Aquino, con su finura espiritual y su

¹⁷ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis* (4-III-1979), nn. 13 y 14, en AAS 71 (1979).

¹⁸ *Plegaria Eucarística, V/b.*

¹⁹ B. BUCKER, “Aporte: ficha 2: Reconocer una presencia amiga”, en *Por los caminos de Emaús*, Lima, Conferencia de Religiosos del Perú, 2001.

agudeza sapiencial, dijo de Tomás: “*vidit vulnera, sed credit Deo*”, “vio las heridas, pero creyó a Dios”.

Walter Kasper escribe unas palabras iluminadoras a este respecto:

“Dios es quien revela y lo que Él revela es su propia gloria. Pero la revela en el rostro de Jesucristo. Por tanto, «se ve» en la «doxa» de Dios al crucificado anteriormente, es decir, se contempla la doxa de Dios como glorificación del Crucificado”²⁰.

“El les dijo: ¿qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? Ellos se detuvieron preocupados” (v. 17)

Es el tiempo del encuentro, de las palabras, de las preguntas, de la escucha... El diálogo con Jesús va liberando de temores, miedos, dudas... a los discípulos y los va preparando para reconocerlo. Es el tiempo del discernimiento que les permite dejarse interpelar por la Palabra de Dios.

- Jesús les pregunta: ¿de qué vais hablando por el camino?, ¿qué os preocupa?, ¿por qué vais tristes?, ¿está vuestro corazón herido?, “¿de qué discutíais entre vosotros mientras vais caminando?” (v. 17). Jesús se adentra en su conversación, en su corazón.
- “Uno de ellos, llamado Cleofás, le contesta extrañado y, tal vez, un poco contrariado: ¿eres tú el único que, habiendo estado en Jerusalén, no sabes las cosas que en estos días han pasado en ella?” (v. 18).

Era normal decir esto ya que Jesús de Nazaret había sido condenado a muerte y crucificado. Era el tema de conversación en todos. Jesús era muy conocido.

Él insiste y les pregunta de nuevo: “¿Qué cosas han pasado?” ¿Qué ha ocurrido? Decídmelo. Contadme. Os veo tan preocupados e inquietos. Con una fina y sabia pedagogía, Lucas intenta que nos adentremos en el diálogo, que nos impliquemos en la conversación.

Es el momento en que aquellos discípulos abren su corazón al que se les ha unido en el camino y le responden con palabras sinceras aunque entrecortadas por la emoción:

²⁰ W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, Salamanca, Sígueme, ⁸1992, 172. Respecto a las apariciones del Resucitado, Olegario González de Cardedal dice: “Los relatos de las apariciones constituyen el punto de inserción de Jesús en el mundo y la referencia a nuestra historia, en clara conciencia de que la realidad del Resucitado no es descriptible ni fijable. Quienes han recibido las apariciones-autorrevelaciones de Jesús no han intentado demostrarlas ni han tratado de revivirlas después sino sólo testimoniarlas, reconstruyendo todo lo anterior a la luz del Resucitado, iniciando una historia nueva y poniéndose a su servicio.(...) Las apariciones fueron recibidas, comprendidas y correspondidas como: revelación de Jesús y encuentro con Jesús, transformación de los discípulos en hombres nuevos, capaces de comprender lo anterior y comenzar un futuro nuevo, renacimiento del pueblo de la alianza, como pueblo rehecho por Jesús su Mesías, surgimiento de la Iglesia, comienzo de la misión, primero a los judíos y luego a todos” (ID., *Cristología*, Madrid, BAC, 2001, 131-132).

“Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron”. Estas palabras son como un evangelio en síntesis.

“Nosotros esperábamos que sería Él el que iba a liberar a Israel; pero...” (v. 19). Los discípulos se hacen eco de la esperanza del pueblo judío que esperaba un Mesías, entendido de diversas formas por los distintos grupos existentes. Con todo, esta esperanza se desvanece ya que da la impresión de que no dejan lugar a la intervención de Dios: “hace tres días que sucedió esto” (v. 21b).

Con todo los discípulos añaden: “es verdad que algunas de nuestras mujeres (...) al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una visión de ángeles, que decían que Él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a Él no lo vieron” (v. 22-24). Si antes decíamos que la esperanza se desvanecía, ahora afirmamos que el desconcierto es grande ya que los discípulos están ante “una presencia ausente” de Jesús (v. 23) ya que “no encontraron el cuerpo de Jesús”.

Jesús los escucha en silencio y con verdadero amor e interés. Están hablando de Él. Los discípulos saben, pero no han llegado a conocer el significado último y decisivo de lo que narran y cuentan. Necesitan una luz superior.

Entonces Jesús toma la palabra de nuevo y les habla desde dentro mientras prosiguen por el camino. No hace milagros para deslumbrarlos ni para someterlos, ni para ahorrarles la fe, sino que interpreta a la luz de las Escrituras los mismos acontecimientos que comentaban ellos. El Jesús resucitado no hace de ordinario milagros, sino que celebra banquetes pascales con sus discípulos en los que se autorrevela: son las cristofanías pascales, como en este relato.

Jesús los corrige con amor y sinceridad y les revela la identidad del Profeta que encarna Él, que es Él. No habían entendido las Escrituras ni que el Mesías tuviera que pasar por el sufrimiento y la cruz para llegar así a la gloria de la resurrección.

“Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas” (v. 25). Aquellos discípulos están aturridos, bloqueados; no entienden, no comprenden nada. Por eso, Jesús les dirige unas palabras cuya finalidad no es afearlos, sino despertarlos y ponerlos en el camino adecuado para reconocerlo.

Como excelente conocedor de las Escrituras –hablan de Él–, como maravilloso exegeta de Dios (cf. Jn. 1,18) y como admirable catequista, Jesús les interpreta las Escrituras, que revelan el designio salvífico de Dios y muestran su acción salvadora, y les dice: “¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? Y, comenzando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre Él en todas las Escrituras...” (v. 27).

El discípulo de Jesús es llamado e invitado a recorrer y meditar una y otra vez este itinerario que parte de Moisés, pasa por los profetas y llega hasta el propio Jesús. Conocer las Escrituras nos permite conocer a Jesucristo.

El Mesías anunciado por los profetas y esperado por Israel se identifica con la figura del Siervo de Yahvé: es un Mesías sufriente que entrega su vida por la salvación de la humanidad. Dios nos desborda, está más allá de nuestros cálculos y previsiones; el discípulo debe desprenderse de su idea de un Dios hecho a su medida...

Pero Dios no lo dejará en el olvido ni en la noche del sepulcro, sino que lo resucita y lo glorifica, acreditándolo y dándole la razón ante los poderes del mundo que lo mandaron a la cruz. “La resurrección del Mesías crucificado constituye así el principio hermenéutico cristiano, su punto de inflexión y novedad respecto al Judaísmo (y al Islam). No es la expresión de una esperanza final para los muertos, en la que siguen creyendo judíos y musulmanes. Es la resurrección del Crucificado, el triunfo presente de aquel a quien los mismos jerarcas de Israel han condenado”²¹. Jesús los ilumina para que puedan conocer el sentido profundo de las Escrituras y así ponerse en el camino correcto para reconocerlo.

En Jesús se cumplieron todas las Escrituras: “Jesús es el Mesías, el Siervo de Yahvé, el Hijo del Hombre, el Señor, el Hijo de Dios”. Creemos que Jesús es el Verbo de Dios encarnado, la presencia de Dios en nuestra historia, el Emmanuel: “el Verbo se hizo carne y puso su tienda en nuestra orilla” (Jn 1, 14). En la Cruz de Cristo se revela la misericordia y el perdón de Dios; la resurrección de Cristo es el sí absoluto de Dios a la vida.

Ellos lo escucharon sobrecogidos y emocionados cuando les hablaba, aunque no acababan de entender todo y del todo. De todos modos, algo iba naciendo y creciendo en sus corazones. Después que lo reconocieron dirán: “¿no estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24, 32).

“La luz de la Palabra fundía la dureza de sus corazones y les «abría los ojos»”. Aquellos discípulos van cambiando por la acción sanadora y elevante, transformadora e iluminadora, del desconocido, que es Jesús (v. 15).

Entre las sombras del día que ya declinaba y la oscuridad que se cernía, aquel Viandante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría sus ánimos al deseo de la luz plena²² (v. 21).

²¹ X. PIKAZA, *o. c.* 152-153. Cf. K. RAHNER, *La Iglesia y los sacramentos*, Barcelona, Herder, 1964; E. SCHILLEBEECKX, *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, San Sebastián, Dinor, 1966; O. SEMMELROTH, “La Iglesia como sacramento de salvación”, en *Mysterium Salutis IV/II*, Madrid, Cristiandad, 1975, 21-370.

²² JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 1.

Llegaron a Emaús: ¡quédate con nosotros, Señor! (vv. 28-32)

Y por fin llegaron a su aldea, a su calle, a su casa, a lo de siempre, a lo que dominaban. Era su Emaús, el de siempre. Los recuerdos se agolpaban en sus mentes y las emociones en sus corazones. No es desde el exterior, en el camino, donde los discípulos alcanzan la experiencia decisiva del encuentro, sino en el interior, en torno a la mesa.

“Al llegar a la aldea adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante” (v. 28).

¿Se acabó todo al llegar a la aldea? ¿Se despidieron y cada cual se marchó por su camino con la agradable experiencia de haberse conocido y con la esperanza de poder volver un día a encontrarse de nuevo? Las palabras de Jesús sugieren esto. Estoy seguro que el corazón de aquellos discípulos, que ya ardía por el camino, se quedó desconcertado.

Los discípulos suplicaron al compañero de camino y le insistieron: “quédate con nosotros, que la tarde está cayendo y el día ya ha declinado” (v. 29).

Le ofrecen hospitalidad y acogida, compañía y comensalidad.

¡Señor! ¡Qué maravilla hiciste con ellos! Tú saliste a su encuentro, e infundiste en sus almas el deseo de Ti! El hombre no te desearía a Ti si Tú no le hubieras inspirado en él el deseo de conocerte, de amarte...

¿Cómo dejarlo solo por aquellos caminos, si él había salido a nuestro encuentro en nuestra soledad? ¿Cómo abandonarlo en los inicios de la noche si él nos había iluminado en la oscuridad de nuestra confusión, de nuestras dudas, de nuestras incertidumbres? ¿Cómo no ofrecerle hospitalidad si no había lugar para cobijarse? ¿Cómo no acogerlo y amarlo si él nos había ganado ya el corazón?

El Señor aceptó la amistosa invitación y entró en su casa para quedarse. ¡Qué detalle! Es el tiempo de la intimidad, de las confidencias amistosas, de abrir el corazón a los demás, de revelarse uno al otro... Jesús se revela a los discípulos y se les da.

Somos conscientes de que “alguien”, que nos desborda, nos acompaña en la existencia de cada día. Él está dentro de nosotros. Recordemos la experiencia de San Agustín, uno de los grandes buscadores de Dios: “Yo te buscaba, Señor; y te buscaba mal; te buscaba fuera y Tú estabas dentro de mí”. “¡Oh Hermosura soberana!, tarde te conocí, tarde te amé”²³.

Dios es misterio de amor que nos fundamenta, nos inunda, nos rodea, nos acompaña, nos explica. Sin Dios ni me entiendo ni me explico: “*amor, ergo sum*”, “soy amado, luego existo” (San Agustín). Dios es el amigo del hombre; Dios siem-

²³ S. AGUSTÍN, *Confessiones*, c. 27, n. 38, PL 32, 795.

pre se acuerda del hombre. Por eso tenemos que adorar a Dios y amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

Algunas veces, en medio de los ruidos y voces del mundo, parece como si estuviéramos solos en el mundo, en el cosmos. Y se levanta entonces en nosotros esa súplica y petición: quédate con nosotros, no te vayas sin nosotros, no nos dejes solos. Si te vas sin nosotros, es lo peor que nos puede suceder.

La Iglesia en su oración litúrgica así lo expone:

“Detente con nosotros,
la mesa está servida,
caliente el pan y envejecido el vino”²⁴.

“Estáte, Señor, conmigo
siempre, sin jamás partirme,
y, cuando decidas irte,
llévame, Señor contigo”²⁵.

¡Qué bueno que te quedaste en la tarde inolvidable de Emaús!
¡Qué bueno que te quedaste con nosotros para siempre!

Y cuando entraste en su casa, te acogieron y te ofrecieron lo poco que tenían: una estera para sentarte y descansar del camino, una vela para veros, un trozo de pan para saciar tu hambre, un poco de vino para levantar el ánimo y, sobre todo, mucho cariño... ¡Se sintieron tan contentos, tan gozosos... a tu lado!

Por el camino no te reconocieron del todo, aunque presentían en lo más hondo del corazón... La explicación de las Escrituras sólo hizo “arder” sus corazones. Desentrañemos más este momento del encuentro:

a) Jesucristo toma la iniciativa

“Cuando el encuentro llega a su plenitud, a la Palabra le sucede el «Pan de vida», con el que Cristo cumple de forma suprema su promesa de “estar con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (cf. Mt 28, 20)²⁶. El misterio se hace más intenso y se adentra en el mundo, en ellos. Jesús, el invitado, preside la cena y está entre ellos como el que sirve. Su palabra se hace pan partido para poder compartirse.

“Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a ellos” (Lc 24, 30). La repetición de los cuatro verbos (se pone a

²⁴ *Himno Litúrgico* de IIª Vísperas del 1er. Domingo.

²⁵ *Himno Litúrgico* de Laudes del 2º Miércoles.

²⁶ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 2.

la mesa, toma el pan, lo bendice y se lo da) evoca la multiplicación de los panes y la Última Cena y nos hace recordar la comensalidad de Jesús con sus discípulos.

El corazón de aquellos hombres se sobresaltó. Esas palabras no eran del todo nuevas para ellos. Las habían escuchado antes... ¿Qué estaba ocurriendo ante ellos?

b) Los discípulos lo reconocieron al partir el pan (vv. 30-32)

No ha sido suficiente la interpretación de las Escrituras, ni la exégesis acerca del valor del sufrimiento y de la muerte por los otros. Para reconocer al resucitado es necesario dar un paso más, hay que avanzar en su camino, acercándose a la mesa compartida. Ahora, en casa, en torno a la mesa, los discípulos hacen la experiencia decisiva del encuentro: reconocieron a Jesús al partir el pan. Su débil esperanza –“nosotros esperábamos”– renació de nuevo.

Los ojos de aquellos hombres se abren ahora y lo reconocen al partir el pan. Aquellos ojos que antes estaban como impedidos para ver, ahora ven estremecidos, sobrecogidos, agradecidos, maravillados. ¡Es Jesús! ¡Es el Señor! ¡Ha resucitado Jesús! gritaron llenos de gozo. “Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones reconfortados, los signos «hablan»”²⁷.

¡Señor!, tu rostro, tu mirada, tus manos, tus acciones, tus palabras los llenaron de luz y les hicieron ver, recordar y comprender. Al romper el pan, Jesús les reveló la novedad más grande: Él es el Resucitado.

Descubrieron que los gestos, que acababas de realizar, eran los mismos que te habían visto hacer en la multiplicación de los panes cuando diste de comer a tantos seres humanos. Con todo, “el gesto de Jesús en Emaús no tiene la función de dar fundamento al rito sacramental: el narrador no refiere ni las palabras sobre el pan ni su manducación por los discípulos. Porque en Emaús el signo está hecho para el reconocimiento y para la relectura de la serie de signos a los que remite el gesto”²⁸.

¡Qué bueno que filtraste unas gotas de fe en sus pupilas secas y opacas!
 ¡Qué bueno que les diste un rayo de luz para poder reconocerte!
 ¡Qué bueno que a nosotros nos has regalado la fe!

²⁷ *Ib.*, n. 14. O. González de Cardedal escribe: “Lucas utiliza un vocabulario litúrgico, habla de la fracción del pan (Hch 2, 42.46; 20,7.11) y afirma que aquellos dos peregrinos “lo reconocieron en la fracción del pan” (24,35); en adelante todos lo podrán reconocer en la Eucaristía donde Él parte el pan y es el pan partido” (O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “Cristología”, o. c., 153).

²⁸ J. N. ALETTI, *El arte de contar a Jesucristo. Lectura narrativa del Evangelio de Lucas*, Salamanca, Sígueme, 1992, 166.

Desaparecieron de ellos el miedo y el temor, la angustia y la desilusión, la oscuridad y la tristeza. De pronto la esperanza y la alegría inundaron sus personas: ¡Resucitó Cristo, esperanza nuestra, esperanza del mundo!

El Resucitado los transforma desde dentro y los llama a vivir esa nueva vida en la realidad de cada día, aunque esté atravesada por el sufrimiento, la persecución, el conflicto.

En nuestros días, no son pocos dentro de la comunidad cristiana y fuera de ella los que tienen “los ojos impedidos para ver al Resucitado”. No bastan las teorías para abrir los ojos.

Como los discípulos de Emaús, los cristianos del s. XXI podemos reconocer al Señor y comprender lo que ha hecho por nosotros en la celebración de la Eucaristía. San León Magno afirmó: “lo que era visible en Cristo se conserva en los sacramentos”²⁹.

Es necesario el milagro de la gracia iluminadora de Dios para conocer a Jesús. Por eso con la Iglesia, suplicamos y pedimos al Señor:

“Repártenos tu cuerpo,
y el gozo irá alejando
la oscuridad que pesa sobre el hombre”³⁰.

Terminamos con esta sugerencia: así como aquellos discípulos reconocieron a Jesús al partir el pan, también nosotros deberíamos ser reconocidos como cristianos “al partir, compartir y regalar nuestro pan”, sabiendo que ese pan en primer lugar eres tú mismo y después tus cosas, tus bienes, tus posesiones... ¿De verdad estamos siendo o intentamos ser regalo, don para los que están a nuestro lado, para los que están lejos?

c. El Señor desapareció de la vista de aquellos hombres.

Poco después Jesús desapareció de su vista. ¿A dónde se fue? Alguien desde Latinoamérica ha dicho: “Él se fue para dentro de ellos”. Jesús no los abandonó ni los dejó solos; permanecerá con ellos y con nosotros para siempre bajo los signos sacramentales del “pan y del vino”.

“Este relato quiere ante todo sugerir a sus lectores cristianos que la «fracción del pan» es y sigue siendo para ellos el signo por excelencia de la presencia del Resucitado, el lugar donde pueden y deben descubrir esta presencia, y a partir del cual podrán dar testimonio de la resurrección”³¹.

²⁹ San León Magno: “Segunda homilía sobre la Ascensión”, 61.

³⁰ *Himno Litúrgico* de II^a Vísperas del 1^o Domingo.

³¹ J. DUPONT, “Les disciples d’Emaüs (Lc 24, 13-35)”, en AA. VV., *La Pâque du Christ, Mystere de Salut: Mélanges offerts au Père François-Xavier Durrwell pour son soixante-dixième anniversaire avec un*

Señor, Tú sabes que en los pliegues más profundos del corazón humano has sembrado la semilla de la esperanza. Por eso, el hombre es un ser que espera más allá de las evidencias, de las tragedias, de las desgracias, de las hecatombes. Yo no concibo al ser humano –hombre y mujer– sin esperanza.

La Eucaristía reafirma y renueva nuestra débil esperanza ya que en ella y por ella pasamos de la muerte a la vida, de la tristeza a la alegría, de la dispersión a la comunidad, de los gozos de este mundo a pregonar ya en esta tierra los bienes del Reino de Dios.

“Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
quiero creer.

Tú que diste vista al ciego
y a Nicodemo también,
filtra en mis secas pupilas
dos gotas frescas de fe”³².

Y, levantándose al instante, se volvieron a Jerusalén (vv. 33-35)

Han reconocido y visto al Señor que se les ha mostrado vivo. La alegría es inmensa y sienten la necesidad de comunicarla y de compartirla con los demás. Acompañemos a estos discípulos en su vuelta a Jerusalén.

Al principio, el viaje de estos discípulos era de huida y de alejamiento de la comunidad de los hermanos; ahora, el viaje ha cambiado de signo: es el reencuentro con los hermanos y el comienzo de la misión.

Volvieron a la fraternidad de Jerusalén que habían abandonado pensando que todo había terminado. Su vuelta es el fruto del encuentro con el Señor y de la transformación interior que el Espíritu Santo ha realizado en ellos. Aquellos hombres pasaron de la dispersión a la comunión, de la di-misión a la misión, del alejamiento a la comunidad, de la ceguera a la luz, de la desilusión a la esperanza. De igual modo nosotros, cristianos del s. XXI, participando en la Eucaristía, sacramento de la Pascua de Jesús, y haciendo pascua –paso–, con Jesucristo pasamos de la esclavitud del pecado y de la ley a la libertad de los hijos de Dios, de la muerte a la vida, del temor a la esperanza, de la indiferencia ante los demás a la compasión de los desamparados, del odio y el rencor al amor y al perdón, de la violencia a la paz, de la lejanía de Dios a la cercanía a Dios. El dinamismo de la Eucaristía ha de trans-

témoignage du jubilaire, Paris, Cerf, 1982, 167-195. Cf. PH. BÉGUERIE, *Sur le chemin des hommes. Les Sacrements*, Paris, Cerf, 1974; L. BOFF, *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, Santander, Sal Terrae, 1977; PH. BÉGUERIE y C.DUCHESNEAU, *Para vivir los sacramentos*, Madrid, PPC, 1991; W. KASPER, *Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia*, Santander, Sal Terrae, 2005.

³² *Himno Litúrgico* de Laudes del 2º Martes.

formar nuestra vida y ha de ser fermento de cambio en nuestra historia y en la de los pueblos.

Sabemos muy bien que sin esperanza todo queda paralizado: sin esperanza no hay misión. Haber visto al Resucitado, exige su testificación. El encuentro con el Resucitado nos hace ser testigos suyos con fortaleza y perseverancia, con valor y atrevimiento, con paciencia y disponibilidad para cargar con la cruz y dar la vida por el Señor y su Evangelio.

En Jerusalén encuentran reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón! Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en el partir el pan” (Lc 24, 33-35). La palabra de estos discípulos se une y vincula al testimonio, al kerigma de Simón Pedro³³.

Ahora les corresponde a ellos continuar la obra comenzada por Jesús que se la confió (cf. Mt 28, 18-20). Es una tarea inmensa que supera y desborda las fuerzas humanas, pero el Resucitado estará con ellos hasta el fin de los siglos (Mt 28, 20) y recibirán el don del Espíritu Santo, que con el Padre, les dará. Este Espíritu Santo los alentará en el camino del servicio apostólico y les dará la fortaleza necesaria para predicar el Evangelio en todos los lugares del mundo (Hch 2, 1ss) “en medio de las tribulaciones del mundo y los consuelos de Dios” (LG 9).

En nuestros días, somos nosotros –la Iglesia– quienes tenemos que anunciar a Jesucristo a todos los hombres y mujeres del mundo.

Ayudados con la gracia divina, salgamos a los caminos y cruces del mundo, a las calles y plazas de las ciudades, a los nuevos areópagos y escenarios del mundo, a anunciar con obras y palabras a Jesucristo, Redentor y Salvador de la humanidad³⁴. En efecto, “no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios”³⁵ y “no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo”³⁶. No interrumpamos la transmisión del “kerigma” en las familias, convirtiéndolas en lugares de indiferencia religiosa, en espacios vacíos de oración, en ámbitos en los que no se realiza ni se favorece la iniciación cristiana de los hijos. Ellas han de ser comunidades evangelizadoras. Mantengamos viva la memoria de Dios en el mundo³⁷.

³³ F. G. BRAMBILLA, *El Crucificado resucitado*, Salamanca, Sígueme, 2003, 311-331

³⁴ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Anunciar a Jesucristo en nuestro mundo con obras y palabras*, Madrid, Edice, 1987. Cf. ID., *Impulsar una nueva evangelización*, Madrid, Edice, 1990; CONSEJO NACIONAL DE MISIONES, *Nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana*, Madrid, Edice, 1992.

³⁵ PABLO VI, Exhortación Ap. *Evangelii Nuntiandi* (8-XII-1975), Madrid, PPC, 1984, n. 22.

³⁶ *Ib.* n. 75.

³⁷ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris missio* (7-XII-1990), Madrid, PPC, 1991; F. SEBASTIÁN, *Nueva Evangelización*, Madrid, Encuentro Ediciones, 1991.

3. REFLEXIÓN TEOLÓGICA SOBRE LA EUCARISTÍA

Llegamos al último tema de nuestro trabajo. El Señor nos ha regalado la Eucaristía. A nosotros nos corresponde, entre otras cosas, adentrarnos en este misterio de amor y de gracia para conocerlo bien ya que “la Eucaristía es un don demasiado grande como para admitir ambigüedades y reducciones” (EdE, 10), por eso “no es lícito ni en el pensamiento, ni en la vida, ni en la acción quitar a este sacramento, verdaderamente santísimo, su dimensión plena y su significado esencial. Es al mismo tiempo sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-presencia” (RH 20). Les propongo hacer este itinerario bíblico-teológico que desembocará en la contemplación de la Eucaristía que “contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra pascua” (PO 5).

3.1. *Las fuentes de la Eucaristía*

Jesús anuncia, promete, instituye la Eucaristía en varios momentos de su vida y ministerio que son recogidos por los evangelistas. A continuación presentamos los actos más importantes a los que les remito.

La multiplicación de los panes (Jn 6, 1-15). En este acontecimiento, Jesús no es el invitado, sino que es el anfitrión (cf. Mc 6, 34-44; Mt 14, 13-21; Lc 9,12-17; Jn 6, 1-15) que invita y el servidor de la mesa. Estos gestos constituyen un símbolo de la entrega plena y generosa de su vida entera al servicio del Reino de Dios y del Dios del Reino. Estos relatos no son retroproyecciones eucarísticas y postpascuales sino que son históricos. Podemos decir algo más. Jesús nos ofreció en la multiplicación de los panes y de los peces una anticipación de la Eucaristía o, según otros autores, un signo del banquete de los hijos de Dios. X. Basurko escribe a este respecto: “Parece que lo más probable es que la tradición primitiva haya reconocido muy pronto una significación mesiánica en el milagro de los panes, y que luego le haya añadido la interpretación eucarística a la luz del culto eclesial” (v. 34a). Terminamos con el gesto de Jesús que nos interpela: ante la intención de quienes intentaban venir a tomarle por al fuerza para hacerlo rey, Jesús huyó de nuevo al monte él solo (Jn 6, 15).

Las comidas que Jesús compartió con los pobres, los pecadores (Mc 2, 16-22; Mt 9, 10-13; Lc 7, 34; 14, 12-14; 15, 1-2). Estos banquetes muestran una nueva imagen de la salvación que trae Jesús y revelan un nuevo semblante de Dios. Los fariseos y escribas piden a Jesús razón por la que acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús aduce como razón última y definitiva de su comportamiento la actitud del Padre celeste que acoge al hijo pródigo y le ofrece un banquete, y hace salir el sol sobre justos e injustos (cf. Mt 5, 44-45). Digamos también que Jesús prefiguró en estas comidas la Eucaristía y el banquete mesiá-

nico y la consumación del Reino de Dios. Finalmente, ante el escándalo de los fariseos, Jesús les dice: “misericordia quiero, que no sacrificio” (Mt 9, 13). “Las comidas con los publicanos y los pecadores, las multiplicaciones de los panes, las comidas con sus discípulos, todas ellas orientadas internamente por la dinámica del Reino son, efectivamente, el contexto general y la clave interpretativa del Última Cena” (v. 34b).

La promesa de la Eucaristía. En la Sinagoga de Cafarnaum, Jesús prometió la Eucaristía (Jn 6, 22-59). El Señor nos invita a buscar el alimento que no perece y permanece para la vida eterna (v. 26). Este alimento nos es dado por el Hijo del Hombre, Jesucristo, (v. 27), y es el pan de la vida. El pan de la vida, bajado del cielo (v. 50). Más aún, este pan es el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. v. 51. 54. 55. 56). Ante la promesa hecha por Jesús, “muchos de sus discípulos dijeron: “Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo? (...) Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con Él” (v. 66). Jesús dijo entonces a los Doce: “¿También queréis vosotros marcharos?” Le respondió Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 66-68).

La Institución de la Eucaristía. En el Cenáculo de Jerusalén, la víspera de su pasión, Jesús instituyó la Eucaristía. Han llegado hasta nosotros cuatro relatos de esta institución: 1 Co 11, 23-26; Lc 22, 15-20; Mc 14, 22-25; Mt 26, 26-29. En todos ellos hay una coincidencia esencial que aparece en estas palabras de Jesús: “Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros”; “Este es el cáliz de mi Sangre “. La Última Cena anticipa profética y simbólicamente la muerte de Jesús en el pan partido y compartido y en el cáliz distribuido entre los comensales. La nueva alianza de Dios con los hombres (cf. Jr 31, 31) y la muerte expiatoria de Jesús por nosotros (cf. Is 52, 13-53, 12) son el don salvífico presentes en su cuerpo entregado y en su sangre derramada”³⁸. K. Rahner escribe a este respecto: “la realidad designada con la palabra “eucaristía” quedó fundamentada en la cena de Jesús (cf. sobre todo Lc 22, 14-23 y 1 Co.11, 23-26)”³⁹.

La Eucaristía viene del Señor, como dijo San Pablo a los cristianos de Corinto: “*apo tou Kyriou*”. Afirmamos y sostenemos que hay una continuidad entre el Jesús histórico y lo que celebran las Comunidades Cristianas y lo que nos cuentan los relatos evangélicos. Los relatos no son creados por la Comunidad cristiana primitiva, sino que son históricos; están “liturgizados” pero sin perder su carácter histórico. Los relatos están influenciados por categorías tomadas del Antiguo Testamento, sin que esto signifique que hayan sido inventados. “Los relatos

³⁸ R. BLÁZQUEZ, *La esperanza en Dios no defrauda*, Madrid, BAC, 2004, 102.

³⁹ K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona, Herder, 1979, 488.

están revestidos de categorías literarias y litúrgicas, pero en el fondo, la comunidad conecta con la intención fundamental de Jesús⁴⁰.

“Jesús celebra la Última Cena y la instituye como testamento en el cual Él compendia todo su ser y su obrar mesiánicos, los condensa en un don visible, incluso comestible, y los deja en herencia como sacramento. Así, la Cena del Señor no sólo ha de explicarse por el conjunto de la vida de Jesús, sino que es esta totalidad condensada en un símbolo⁴¹.”

*Las comidas de Jesús como Resucitado con sus discípulos (Lc 24, 13-32; Mc 16, 14)*⁴². Un teólogo de nuestros días vincula la Eucaristía a Jesucristo y a la Iglesia y afirma: “la Eucaristía es una creación de Jesús y una recreación eclesial que suma y asume toda la experiencia del Jesús prepascual, el mandato de la Última Cena antes de la despedida, la presencia y comensalidad del Resucitado, la reunificación de los discípulos, la experiencia del Espíritu y el envío misionero de los apóstoles⁴³.”

3.2. La celebración de la Eucaristía

Con una mirada contemplativa y agradecida acerquémonos a las primitivas Comunidades Cristianas que se reunían los domingos para celebrar la Eucaristía, el Memorial de la muerte y de la resurrección de Jesucristo.

La Comunidad cristiana de Corinto (cf. 1 Co 10, 14-22; 1 Co. 11)

En el primer texto eucarístico San Pablo afirma con claridad: “El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?” (v. 16).

El segundo texto se refiere a las reuniones litúrgicas. Parece ser que al reunirse los cristianos para la Eucaristía, tenían antes una cena comunitaria, a la que no llegaban todos puntualmente, y los primeros (solían ser los ricos) comían y bebían y esperaban a los otros (solían ser los pobres). Pablo les dice que esta reunión no es compatible con lo que pensó Jesús cuando nos confió la celebración de la Eucaristía.

En este contexto, San Pablo recuerda el kerigma de la Eucaristía: “Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue

⁴⁰ J. ALDAZÁBAL, *La eucaristía*, Barcelona, CPL, 1999, 69-72; M. GESTEIRA, *La Eucaristía, misterio de comunión*, Madrid, Madrid, Ed. Cristiandad, 1983, 75-88.

⁴¹ J. BETZ, “Eucaristía”, en K. RAHNER, (ed.): *Sacramentum mundi*, vol. II, Barcelona, Herder, 1972, cols. 954ss.; M. THEOBALD, “Das Herrenmahl im Neun Testament”, en *Theologische Quartalschrift*, 183 (2003), 257-280; en *Selecciones de Teología*, 44 (2005), 282-294 (condensado).

⁴² M. GESTEIRA, *o.c.* Consulte cap. II: “La Eucaristía y la Resurrección de Jesucristo”, “Las comidas de los discípulos con el Resucitado”, 65-146.

⁴³ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “La entraña”, *o. c.*, 519.

entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío. Asimismo también el cáliz después de cenar diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces lo bebiereis, hacedlo en recuerdo mío” (1 Co 11, 23-25).

La Comunidad cristiana de Jerusalén (Hch 2, 42)

Los miembros de esta Comunidad “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch 2, 42). La “fracción del pan” significa la celebración de la eucaristía (Hch 20, 7; 1 Co 10, 16). Vemos, pues, que la “celebración de la Eucaristía” estaba presente en la vida de la primitiva Comunidad cristiana, junto a la enseñanza de los apóstoles, la comunidad de vida y las oraciones⁴⁴.

A mediados del siglo II, San Justino Mártir nos ofrece un hermoso testimonio de la estructura litúrgica de la Eucaristía. Insertamos aquí unos párrafos: “Y el día llamado del sol se tiene una reunión en un mismo sitio, de todos los que habitan en las ciudades o en los campos, y se leen los comentarios de los apóstoles o las escrituras de los profetas... (...) Cuando hemos terminado de orar, se presenta pan y vino y agua, y el que preside eleva, según el poder que en él hay oraciones e igualmente acciones de gracias y el pueblo aclama diciendo el amén. Y se da y se hace participantes a cada uno de las cosas eucaristizadas, y a los ausentes se les envía por medio de los diáconos. (1ª apología, c.67).

La Iglesia en el s. XXI. En fidelidad y obediencia al Señor que nos mandó celebrar estos misterios: “haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19) sigue celebrando la Eucaristía, presencialización sacramental del Misterio Pascual, es decir, del sacrificio de la cruz y de la resurrección. En este sentido, Juan Pablo II recuerda que es necesario unir “la estructura de la *memoria* con la de la *celebración*, no limitándonos a recordar el acontecimiento sólo conceptualmente, sino haciendo presente el valor salvífico mediante la actualización sacramental”⁴⁵. La Eucaristía no es una fiesta conmemorativa celebrada por iniciativa de los discípulos para mantener vivo el recuerdo entrañable de Jesús. Es un recuerdo real objetivo: Jesús, al que se recuerda, se hace presente en la palabra y en el banquete⁴⁶.

3.3. El Misterio de la Eucaristía

Con la luz del Señor y en comunión eclesial, adentrémonos en el misterio de la Eucaristía y mostrémoslo aunque sólo podamos balbucir unas palabras sobre ella.

⁴⁴ J. ROLOFF, *Hechos de los Apóstoles*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1984, 98-102.

⁴⁵ JUAN PABLO II, Carta Ap. *Tertio Millennio Adveniente* (10-XI-1994), Salamanca, Sígueme, 1995, n. 31.

⁴⁶ G. L. MÜLLER, *Dogmática*, Barcelona, Herder, 1998, 723s.

Jesús está realmente presente en la Eucaristía

La Eucaristía es el sacramento de la suprema presencia de Jesucristo entre nosotros. Cristo está presente en la Eucaristía. Por una conversión, que la Iglesia llama “transustanciación”, el pan se convierte en su santísimo Cuerpo y el vino en su sacratísima Sangre en virtud de las palabras consecratorias y del Espíritu Santo cuya gran obra en la Eucaristía es la “admirable conversión” de los dones sagrados en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Por eso, en las “especies sacramentales” del pan y del vino Jesucristo está presente real, verdadera y substancialmente⁴⁷.

La Eucaristía, por tanto, no es una simple evocación de la Última Cena de Jesús, ni un mero recuerdo subjetivo de la entrega de Jesús hecho por los discípulos como expresión de su amor a Cristo, sino el Cuerpo y la Sangre de Cristo: “el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día. Pues mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él (...) Así el que me come, también él vivirá por mí” (Jn,6, 54).

San Cirilo de Jerusalén afirmaba: “Porque Él ha proclamado y dicho: “Esto es mi Cuerpo”, ¿quién se atreverá todavía a dudar? Y si Él mismo afirmó: “Esta es mi Sangre”, ¿quién podrá nunca dudar en adelante y decir que no es su Sangre? Por esto hemos de recibirlos con la firme convicción de que son el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Se te da el Cuerpo de Cristo bajo el signo de pan y su Sangre bajo el signo del vino: de modo que al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo te haces concorpóreo y consanguíneo suyo” (Catequesis, 22). Vemos, pues, como San Cirilo habla de que lo que nos es dado a comer y a beber no es un alimento y una bebida ordinaria.

Ahora bien tengamos siempre presente que la presencia de Jesucristo en la Eucaristía es dinámica ya que nos impulsa y nos mueve a descubrirlo y a servirlo

⁴⁷ Pablo VI enseñó sobre la presencia de Cristo en la Eucaristía lo siguiente: Se trata de “una presencia que se denomina «real» no por exclusión, como si las demás formas de presencia no fueran «reales», sino por antonomasia, ya que en virtud de ella Cristo entero e íntegro se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre” (*Encíclica *Mysterium fidei* (3-IX-1965)*, n. 40, en AAS 57 (1965). “Acontecida la transustanciación, las especies del pan y del vino adquieren sin duda un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que ya no son el pan ordinario y la ordinaria bebida, sino el signo de una cosa sagrada, y signo de un alimento espiritual; pero ya por ello adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que contienen una nueva «realidad», que con razón denominamos ontológica” (*Mysterium fidei*, n. 47). Cf. COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, Madrid, BAC, 1998, 99-107. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral “La Eucaristía, alimento del Pueblo Peregrino”*, Madrid, Edice, 1999, nn.16 y 18. El Sínodo de los Obispos de 22-X-2005 afirma en su Mensaje final: “Desde el inicio la Iglesia hace memoria de la muerte y resurrección de Jesús con sus mismas palabras y sus mismos gestos en la Última Cena, pidiendo al Espíritu Santo que transforme el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Con la tradición constante de la Iglesia creemos firmemente y enseñamos que las palabras de Jesús que el sacerdote pronuncia en la misa, por el poder del Espíritu, realizan lo que significan. Realizan la presencia real de Cristo resucitado” (n.7), *Ecclesia*, n.3281; 29-X-2005, 36.

en otros lugares. Benedicto XVI enseña que en “la Eucaristía, Cristo está realmente presente entre nosotros” y que “su presencia no es estática. Es una presencia dinámica, que nos aferra para hacernos suyos, para asimilarnos a Él (Homilía en Bari; solemnidad del corpus Christi”).

¿Quién se nos hace presente en al Eucaristía? La teología actual responde a este interrogante. Ofrecemos estos testimonios⁴⁸.

“En la Eucaristía, el Señor glorificado sale al encuentro del hombre, no bajo la figura propia de su gloria, sino bajo una figura simbólica, que él hace suya como forma de manifestación. Cristo sale al encuentro de los hombres, ocultándose y descubriéndose a la vez, bajo el signo sacramental de una cena. En él hace presente para nosotros aquí y ahora y nos aplica eficazmente el sacrificio de su vida, con el que adquirió para todos la salvación”⁴⁹.

“El que se nos hace presente es el Cristo pascual, el resucitado, el que trasciende al hombre porque ha resucitado a una nueva existencia, el primogénito de la nueva creación, el segundo y definitivo Adán, totalmente nuevo y original, el que ya ha experimentado en la fuerza del Espíritu la glorificación escatológica y está lleno de la divinidad. El que se hace presente y quiere “ser comido” en nuestra eucaristía, ofreciéndonos la comunión con su vida divina, es el Señor, el Kyrios. No es una “cosa” la que se nos hace presente: es una persona viva la que se hace donación y alimento para unas personas vivas. Y es una persona ya gloriosa y escatológica que, por eso mismo, es cuerpo plenamente preparado para la donación y la comunión plena” (...) “Durante siglos se puede afirmar que se miraba más bien, al hablar de la eucaristía, a la pasión y muerte de Cristo, a cómo se hacía presente su sacrificio en nuestra celebración. De la resurrección, a veces, ni se hablaba. Ahora, la perspectiva prioritaria es la del Señor resucitado (...) No se nos da el Niño Jesús. Ni sólo el Cristo de la cruz. Sino el Kyrios resucitado que contiene en sí mismo, naturalmente, el misterio de la encarnación y de la redención, pero que se nos hace presente y se nos da desde su existencia glorificada”⁵⁰.

Recordemos las enseñanzas del Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica en este punto: “Sentado a la derecha del Padre y derramando el Espíritu Santo sobre su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo actúa ahora por medio de los sacramentos, instituidos por Él para comunicar su gracia” (n.1084).

Muchas cosas más podríamos expresar en torno a la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, pero no es posible hacerlo ahora. Invitamos a los lectores a acercarse a obras teológicas actuales que desentrañan el misterio de la presencia de Cristo en la Eucaristía.

⁴⁸ G. MARTELET, *Resurrection, eucharistie et genese de l'homme*, París-Tournai, Desclée, 1972, 180.

⁴⁹ J. BETZ, “Eucaristía: Síntesis teológica del Misterio eucarístico”, en K. RAHNER (ed.), *o.c.*, col. 865.

⁵⁰ J. ALDÁZÁBAL, *o. c.*, 304.

¿Cómo debemos comportarnos ante Jesucristo presente en la Eucaristía en virtud de la consagración?

Ante Cristo presente en la Eucaristía en virtud de la consagración, el cristiano rinde el obsequio racional de su fe, lo acoge cordialmente, se postra en adoración ante Él, lo trata con intenso amor y profundo respeto, entra en comunicación orante y amistosa con Él, se deja transfigurar por su mirada amorosa. Desde aquí, asume el compromiso de anunciarlo con fervor y ardor a los hombres y de irradiarlo con gozo por medio de su amor al mismo Cristo que le sale al encuentro, por su mano tendida a tantos hombres y mujeres necesitados que encuentra en el camino de la vida y por su palabra que habla con unción y credibilidad del mismo Cristo.

Nunca acabaremos de dar gracias al Señor por el don y el regalo de su presencia eucarística entre nosotros. Él se quedó con nosotros hasta el final de los siglos en el sacramento del amor. Su delicia es “estar con los hijos de los hombres” (cf. Pr 8, 31). Ya nadie está solo en la vida. Pasemos largo tiempo ante el Sagrario. Pasemos a sus santas manos las personas, las esperanzas, los sufrimientos de tantos seres humanos. Valoremos y agradezcamos la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Dediquemos tiempo a estar con el Señor presente en el Sagrario. Dejémosnos mirar y amar por Él.

Con espíritu de fe y de amor pasemos por nuestra mente y corazón, por nuestra vida y comportamiento la reflexión orante que les ofrezco a continuación.

¡Verdadero cuerpo de Cristo nacido de María Virgen!

¡Verdadero Cuerpo de Jesucristo! Misterio de amor y de ternura, de cercanía y de kénosis, de encarnación y de compartición, de gracia y de salvación, de exaltación y de gloria: “El Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14).

El Verbo eterno del Padre, que estaba en su seno (Jn 1, 18) y vuelto a Él desde toda la eternidad, por un designio inefable de amor de Dios salió del Padre y vino al mundo, haciéndose hombre en el seno de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo.

Se hizo en todo semejante a nosotros, uno de los nuestros, “uno de tantos”, excepto en el pecado; puso su tienda en nuestra humilde orilla y nos habló en nuestro dialecto. Su nombre era Emmanuel, Dios-con-nosotros (Is 7, 14) Conoció desde dentro lo que es el hambre y la sed, la tribulación y la angustia, la prueba y el dolor, la traición y la misma muerte. “Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre” (GS, 22).

Permaneció fiel al Padre en confianza, oración y obediencia, y en donación, entrega y servicio a la humanidad. Anunció e hizo presente el reino de Dios a tra-

vés de sus palabras, de sus obras y, sobre todo, de su muerte y resurrección: en él y por él se manifestó la bondad y misericordia de Dios. “Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2, 8). Jesús llegó así en su abajamiento y kénosis desde el seno del Padre hasta las entrañas de la tierra. Vino desde lo más alto y llegó hasta lo más bajo. Fue entregado por nuestros pecados y culpas según las Escrituras y Él mismo se entregó.

Pero el Padre no abandonó a Jesús, el Hijo de sus entrañas, engendrado por Él desde toda la eternidad, en la oscuridad del sepulcro ni dejó que su carne experimentara la corrupción. Al tercer día lo resucitó verdaderamente de entre los muertos, lo glorificó sentándolo a su derecha en el cielo y lo constituyó Señor y Mesías, de tal modo que “no se nos ha dado bajo el cielo otro nombre en el que podamos ser salvados sino en el Nombre de Jesucristo” (Hch 4, 12).

Acerquémonos con fe y humildad a la Eucaristía. Ahí está presente el Señor. Sobre el altar y en los Sagrarios de nuestras Iglesias está el Cuerpo de Cristo que nació de la Virgen María, que fue traspasado y murió en la cruz y que fue resucitado y vive en el Espíritu Santo para siempre. Está Jesucristo.

El sacrificio eucarístico

“Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera” (SC 47).

Este texto del Concilio Vaticano II nos ofrece en breve síntesis los contenidos básicos de la fe católica sobre el sacrificio eucarístico. Invitamos a los lectores a meditar este texto conciliar sin prisas. Lo que escribimos a continuación tiene por finalidad explicar la fe de la Iglesia Católica en el sacrificio eucarístico.

Aproximación al misterio del Sacrificio eucarístico

La Eucaristía es el sacramento del sacrificio de Jesucristo. En la Eucaristía se hace presente el sacrificio de Jesucristo en la cruz, tanto en su singularidad histórica, como en su validez actual, que nunca será eliminada⁵¹. El sacrificio eucarístico es sacrificio de Jesucristo ya que Cristo es la víctima y el sacerdote, el sacerdote principal, que actúa a través de los sacerdotes que obran en su nombre.

En el sacrificio de Cristo en la cruz hemos de contemplar su vida y su historia. Jesús entendió y definió su vida y misión como una existencia servicial; vivió en obediencia y confianza ante su Padre y en entrega y servicio para los hombres: “no

⁵¹ G. L. MÜLLER, *o. c.*, 723

he venido para ser servido sino para servir y dar mi vida en rescate por muchos” (Mc.10, 45); “no se haga mi voluntad sino la tuya” (Mc.36). En verdad, su existencia fue una “pro-existencia”. Jesús se ofreció a sí mismo en manos del Padre por la salvación de la humanidad; por eso, su sacrificio no es ritual, sino existencial y personal. Esta forma de vida caracterizada como la del Servidor de Yahvé llega a su culmen en la muerte en cruz.

En la Última Cena, Jesús hace anticipadamente partícipes a sus discípulos de su Cuerpo entregado y de su Sangre derramada, a través del símbolo del pan partido y de la copa de vino que pasó de mano en mano de los que estaban sentados en torno a la mesa, de los comensales. Este pan es “su Cuerpo entregado por todos” y la copa de vino es “su Sangre derramada por todos”. La misa es auténtico sacrificio, ya que es memorial sacramental del sacrificio de Cristo en la cruz, anticipado en la Última Cena en el pan y en el vino, que eran realmente su Cuerpo y su Sangre entregados por nosotros. La Eucaristía es el memorial sacramental del sacrificio único e irrepitible de Cristo en la Cruz. En efecto, el sacrificio único e histórico de Cristo en la cruz se hace presente en el sacramento. ¿Cómo podemos explicar teológicamente esto?

Muchos teólogos han dedicado mucho tiempo y reflexión a desentrañar y explicar cómo el acontecimiento sacrificial de la cruz de Cristo puede hacerse presente en el sacramento?⁵².

La Eucaristía hace presente la ofrenda de Cristo, más particularmente la ofrenda del Cristo glorioso y no sólo del Cristo crucificado. En continuidad con el drama tremendo de la Cruz, el sacrificio ha recibido un cumplimiento que hace manifiesta su eficacia. El Padre, acogiendo al Hijo de sus entrañas desde el más allá, lo ha colmado de la gloria divina.

La Eucaristía es sacrificio también de la Iglesia

Demos un paso más en nuestra reflexión teológica. El sacrificio eucarístico es al mismo tiempo sacrificio de la Iglesia. Ésta es toda su razón de ser porque en cuanto sacrificio sacramental existe en función del bien de la Iglesia y de sus miembros. “Cristo ha entregado a la Iglesia su sacrificio cruento como incruento sacrificio ritual” (J.Metz).

Por lo tanto, el sacrificio eucarístico “no es sólo la mera repetición de la ofrenda de Jesucristo en el Calvario, sino también la apropiación, por parte de la Iglesia, de aquella ofrenda, para una fecundidad más amplia”.

¿Cómo es esta apropiación del sacrificio de Cristo?

Respondemos diciendo que, por una parte, es una apropiación objetiva en el sentido de que, sacramentalmente, la ofrenda del Redentor llega a ser de la Iglesia,

⁵² Cf. J. ALDAZÁBAL, *o. c.*, 335-343

a través de la realización del rito instituido por Jesús durante la última Cena; y, por otra, es subjetiva ya que el sacerdote y los fieles que participan en la Eucaristía han de unirse con sus disposiciones personales a la ofrenda del sacrificio redentor⁵³.

Con la luz del Espíritu Santo, Maestro interior, profundicemos e interioricemos el misterio de la autodonación gratuita de Jesús:

¡Verdadera sangre de Jesucristo!

¡La Sangre de Jesucristo! Misterio de entrega ilimitada y de donación gratuita: “nos amó con un amor sin medida”. Tu sangre, expresión de vida y de entrega, nos abre las puertas de un mundo nuevo, fraterno, acogedor, reconciliado.

Derramaste tu Sangre hasta la última gota por la remisión de los pecados. No te quedó ya nada. Lo diste todo. Hasta el final. ¡Todo está consumado! Tus últimas palabras fueron para tu Padre: lleno de confianza balbuciste casi sin poder hablar ya: “Tú, mi Dios”. Quedaste exánime y exangüe. Te diste en gratuidad y sin interés. Nos amaste gratis. ¡Gracias, Señor! Tu sangre no era el precio exigido por un Dios airado y exigente; sino que era expresión de un amor que llegó hasta el extremo de darse y entregarse hasta el fin ¿Qué más podía hacer por vosotros?

No ofreciste víctimas de animales ni de vegetales, sino que te ofreciste tú mismo. En verdad sólo Tú eres la ofrenda santa y agradable a los ojos del Padre porque el Espíritu te había transformado y transfigurado con su fuego y te había hecho digno del Padre, Jesucristo.

“Cuánto más la Sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!” (Hb 9, 14).

Entregaste tu Sangre preciosa para lavar los pecados e iniquidades de la humanidad y de cada uno de los hombres y mujeres de la tierra, de cada uno de nosotros.

¡Qué abismo de generosidad y de amor, para redimir al esclavo entregaste al Hijo que quita el pecado del mundo! ¡Qué insondable misterio de amor! “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10).

Señor Jesús, derramaste tu Sangre para unir a los hombres con Dios y a los hombres entre sí. Realizaste el designio divino: hacer de la humanidad una gran familia de hijos, de hermanos y de servidores unos de otros.

Acerquémonos a la Eucaristía, y, bien dispuestos, bebamos la copa de la Nueva y Eterna Alianza de Dios con la humanidad.

⁵³ COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *o. c.*, 113-124. Cf. G. L. MÜLLER, *o. c.*

Alimento del Pueblo peregrino por este mundo hacia la Casa del Padre

La Eucaristía es el sacramento del banquete pascual de Jesucristo. Durante su vida prepascual, Jesús se nos ofrece como comida: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn.6,51), “quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna” (Jn 6, 54). El mismo Jesús nos exhorta a “buscar el alimento que permanece para la vida eterna” (Jn 6, 27). Más tarde, en la Última Cena, instituyó el banquete, al decir a sus discípulos: “Tomad y comed...; tomad y bebed” (Mt 26, 26-28). Jesús hizo partícipes a sus discípulos presentes en la Cena de despedida, de su sagrado Cuerpo entregado y de su santa Sangre derramada. La Eucaristía es un “sagrado banquete” porque la comida que allí se toma y se come es el mismo Cristo “entregado pro nuestros pecados”.

Félix Lope de Vega lo dice así:

“Yo os adoro por mi dueño.
Pan, Cordero de Sión,
que darse un amo a su esclavo
es maravilla de amor”⁵⁴

Cristo es el Buen Pastor (Jn 10, 10) que da su vida por las ovejas (Jn 10, 11): “se da a sí mismo con sus manos”. Jesucristo nos da su Cuerpo y su Sangre como alimento para una vida nueva, una vida divina, ya no sometida a la muerte. Cristo nos confía y regala su Cuerpo entregado por nuestros pecados y su Sangre derramada por la remisión de nuestros pecados. Nos los confía como hizo con los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén, la víspera de su Pasión y de su supremo sacrificio en el Calvario.

¿Cómo es este alimento? Ciertamente no es un alimento y una bebida ordinaria, sino que “se trata de «comer la carne de Cristo en estado glorioso, ya llena del Espíritu Santo», y de «beber su sangre es el mismo estado». Ahora bien comer y beber son esenciales: “porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida” (Jn 6, 55)⁵⁵. Busquemos siempre el alimento que no perece y que da la vida eterna (cf. Jn 6, 27. 49-51).

¿Qué es lo que permite comer la carne y beber la sangre de Cristo?

Sin duda alguna es el misterio primordial de la Encarnación ya que en virtud de ella, Jesús se define a sí mismo como comida eucarística: “Yo soy el pan de vida” (Jn 6, 35). “La Eucaristía es verdadero banquete, en el cual Cristo se ofrece

⁵⁴ F. LOPE DE VEGA, “Al Santísimo Sacramento”, poesía citada en R. CANTALAMESA, *Esto es mi Cuerpo. La Eucaristía a la luz del “Adoro te devote” y del “Ave verum”*, Burgos, Monte Carmelo, 2005, 34.

⁵⁵ COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, o. c., 142. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino*, n. 20.

como alimento”⁵⁶. “La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el Cuerpo y la Sangre del Señor”⁵⁷.

En el banquete eucarístico, el Señor nos transmite la vida divina como don de toda la Trinidad, y sostiene a quienes participan en ese banquete durante su peregrinación por este mundo hacia la Casa del Padre.

“Al recibir el cuerpo eucarístico, los cristianos se unen con el cuerpo muerto y resucitado de Cristo y el fruto de esta comunión es el cuerpo eclesial. Cuerpo personal del Señor, cuerpo eucarístico y cuerpo eclesial son extensión y despliegue del único misterio”⁵⁸.

Tengamos presente que la Comida eucarística no es un alimento metafórico, sino que realmente es “el pan bajado del cielo”, que alimenta la vida para siempre (cf. Jn.,6, 49-51). La Comida eucarística es una comida compartida porque los comensales comen del mismo “pan” que se parte para poderse repartir y compartir entre todos (Mt 26, 26), y beben del mismo cáliz que pasa de mano en mano para ser participada por todos (Mt 26, 27). En la Comida eucarística recibimos realmente el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo como alimento que nos da la vida eterna.

Con la finalidad de ayudar a una mayor profundización del misterio eucarístico, ofrecemos a continuación una meditación teológica:

“Tomad y comed. Este es mi cuerpo entregado por vosotros. Tomad y bebed. Este es el cáliz de mi sangre derramada por la remisión de los pecados”

La Eucaristía es el sacramento del sacrificio, personal y existencial, de Jesucristo que culmina en su muerte de cruz. La Eucaristía no evoca meramente este sacrificio de Cristo, sino que lo hace sacramentalmente presente. La Eucaristía es el sacrificio de Jesucristo e inseparablemente es también el sacrificio de la Iglesia.

⁵⁶ COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *o. c.*, 142. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino*, nn. 12-13 y 17.

⁵⁷ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 16. Juan Pablo II enseña: “la Eucaristía, mientras remite a la Pasión y la Resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y de su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el Cuerpo y la Sangre del Señor” (*Ib.* n. 55).

⁵⁸ R. BLÁZQUEZ, *La esperanza en Dios no defrauda*, Madrid, BAC, 2004, 111. La Conferencia Episcopal Española enseña que “la gran obra del Espíritu en la Eucaristía es la «admirable conversión» de los dones sagrados en el Cuerpo y Sangre de Cristo, para que los que van a recibirlos, «llenen del Espíritu formen en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu»” (*La Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino*, n.16). J. –M. R. Tillard escribe en esta misma dirección: “Por el cuerpo eucarístico los cristianos entran en comunión con el cuerpo del Señor, y el resultado de esta comunión es el cuerpo eclesial (...) Cuerpo del Señor, cuerpo eucarístico, cuerpo eclesial son la expresión de una sola y la misma cristología, la extensión de un único misterio, el de la reunión de todos en el nuevo espacio vital abierto en el cuerpo de Cristo sobre la Cruz” (ID., “Los sacramentos de la Iglesia”, en B. LAURET y F. REFOULÉ (eds.), *La Iniciación a la práctica de la Teología. Tomo III. Dogmática 2*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1985, 423).

En el Cuerpo entregado y en la Sangre derramada se nos ofrecen el amor del Padre misericordioso que nos llama a la conversión y a la vuelta a la casa paterna donde hay abundancia de pan.

La Eucaristía es el Banquete de la Nueva Alianza en el que los participantes en ella reciben el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida” (Jn 6, 55). Quien participa en ellos entra en comunión con el Señor haciéndose una sola cosa con Él y con cuantos se alimentan de la vida nueva en la mesa eucarística.

Jesucristo, el Buen Pastor, se hace “pasto” para alimentar a los que se acercan a ella, bien dispuesto el corazón.

Jesucristo, el Pan bajado del cielo, se hace “pan partido” para poder compartirse con todos.

Como el profeta Elías, necesitamos el “pan misterioso que nos regala Dios” para proseguir nuestro caminar por este mundo hacia la Casa del Padre.

Como el pueblo de Israel en el desierto, necesitamos el “maná bajado del cielo” para no volver al consumismo, para no caer en la idolatría.

Como los discípulos de Emaús reconocemos al Señor en la fracción del pan, nos reintegramos en la Comunidad cristiana y salimos de nuevo a anunciar el Evangelio a todos los hombres y mujeres del mundo.

Como los primeros discípulos de Jesús, necesitamos ser fortalecidos con la comida eucarística para perseverar en la fe y vivir en humildad ante Dios y en servicio ante los demás. Por eso le pedimos: “¡Señor!, danos siempre de ese pan” (Jn 6, 34); danos ese alimento que no perece y nos da la vida eterna.

La dimensión escatológica de la Eucaristía: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap. 22,20)

En esta presentación abreviada de la Eucaristía queremos también decir unas palabras sobre su proyección escatológica. Como ya hemos afirmando anteriormente, la Eucaristía es el sacramento de la Pascua de Jesucristo, de su muerte y resurrección, de su paso de este mundo al Padre. Por ello, la Eucaristía tiene una dimensión escatológica que no debemos olvidar. Veamos algunos testimonios:

En la Última Cena, Jesús dice: “no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios” (Lc 22, 18).

San Pablo lo expresa así: “Cada vez que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva” (1 Co 11, 26). San Juan, de igual modo, pone de relieve esta perspectiva escatológica diciendo que la Eucaristía es “alimento de vida eterna” (cf. Jn.6, 54).

S. Ignacio de Antioquía afirma: La Eucaristía es “medicina de inmortalidad”.

La Didajé invitaba a los cristianos a orar: “¡Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor, y reúnela de los cuatro vientos, santifícala en tu reino, que le has preparado... Venga la gracia y pase este mundo... Maranatha!”⁵⁹.

“La Eucaristía es tensión hacia la meta; es pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. Jn 15, 11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y prenda de la gloria futura. En la Eucaristía todo expresa la confiada espera: “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”⁶⁰. Por eso, la Eucaristía alienta nuestra esperanza en la transformación futura de nuestros cuerpos mortales (cf. Jn 6, 40.44.55), fortalece nuestra paciencia en las pruebas, nos da ánimos en el trabajo de cada día y es germen de resurrección. Cuando participamos en la Eucaristía pasamos con Jesucristo de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, de esta tierra al Reino de Dios. La Eucaristía nos une con la Iglesia del cielo.

“Recibe, Padre, la alabanza
del corazón que en ti confía
y alimenta nuestra esperanza
de amanecer a tu gran Día”⁶¹.

Demos un paso más en nuestra contemplación creyente y amorosa de la Eucaristía. Unidos a la iglesia supliquemos:

“¡Ven Señor, no tardes! ¡Te estamos esperando!”

La Eucaristía tiene una proyección escatológica como claramente enseña Jesucristo y luego San Pablo presenta a los cristianos de Corinto con nuevos aspectos:

- “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día” (Jn 6, 54).
- “Cada vez que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva!” (1 Co 11, 26).

⁵⁹ *Didajé de los Doce Apóstoles*, finales del s. I, cap. X, 5. 6. El Concilio Vaticano II enseña que “en la liturgia terrena pregonamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero” (*Sacrosanctum Concilium*, n. 8).

⁶⁰ *Plegaria Eucarística II*. Juan Pablo II afirma en esta misma dirección: “Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: la posee ya en la tierra como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad” (*Ecclesia de Eucharistia*, n. 18). “La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino” (*Ib.*, n. 19). “Aunque la visión cristiana fija su mirada en un «cielo nuevo» y una «tierra nueva» (Apoc.21, 1), eso no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente (cf. GS, 39)” (*Ib.* n. 20).

⁶¹ *Himno de Completas* después de las primeras Vísperas del Domingo.

La oración de la Iglesia así nos lo muestra: “¡Oh sagrado banquete en el que es sumido Cristo, se recuerda la memoria de su pasión, y se nos da una prenda de la gloria futura” (Antífona eucarística).

El pan y el vino convertidos en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, son una anticipación del banquete que Dios tiene preparado en cielo para los bienaventurados: “en la liturgia terrena pregustamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero” (SC 8: 51a).

Digamos que también están unidos los fieles difuntos que se purifican para entrar en la alegría del cielo. A ellos estamos unidos también en el Sacrificio eucarístico, que constituye el más excelente sufragio por los difuntos y el signo más expresivo de las exequias” (cf. LG 49-50: 51b)

La Eucaristía fortalece nuestra débil esperanza ayudándonos a superar tantas realidades que se oponen a la esperanza: el dolor, la enfermedad, el fracaso, el materialismo, la muerte. Como Abraham, como María, el cristiano espera contra toda esperanza, espera más allá de la muerte. Ahora bien, los cristianos esperamos de una forma peculiar, ya que gozamos ya ahora, de manera real aunque no plena ni consumada, de los bienes que esperamos: “ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él porque Le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 2).

La Eucaristía es “medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, alimento de vida eterna en Jesucristo” (S. Ignacio de Antioquia: Carta a los efesios, 20,2). La muerte no es el final del camino. “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn.6, 54).

La Iglesia ora al Señor diciendo: “¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús!” y Cristo confirma la promesa de su vuelta gloriosa: “¡Sí, vengo pronto!” (Ap 22, 20; cf. 1 Co 12, 3b).

3.4. Otras perspectivas teológicas de la Eucaristía

La Eucaristía, fuente inagotable de la comunión

La Eucaristía es el memorial de la Nueva Alianza sellada en la Sangre de Jesucristo (cf. Mt 26, 28), y su fruto es la comunión real y misteriosa que une en el misterio de la Iglesia a los bautizados con Jesucristo y a éstos entre sí como sarmientos de la única vid (cf. Jn 15, 5).

El Padre, movido por su inmenso amor, nos llama a salir de nosotros mismos y de nuestros egoísmos, para ir al encuentro de los demás, mirarlos, amarlos y acogerlos como verdaderos hermanos por ser hijos del mismo Padre. Que las diferen-

cias que puedan existir entre unos y otros no nos impidan tratarnos como hermanos. Por eso no podemos rechazar esta llamada ni negarnos a entrar en el banquete como el hijo mayor de la parábola (cf. Lc 15, 28-30). Comulgar con Jesucristo es darse con Él a los demás; es amar hasta el extremo de dar la vida por los demás.

San Pablo manifiesta el contraste entre las divisiones de los fieles y la Eucaristía que celebran. Pablo no aprueba estos comportamientos de los cristianos de Corinto. En efecto, la Eucaristía participada es fuente de comunión fraterna: “porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1 Co 10, 17). Por eso, es inaceptable e indigno comer el Cuerpo de Cristo estando los participantes divididos, enfrentados (cf. 1 Co 11, 18-21). Las divisiones, los enfrentamientos, vivir y trabajar de espaldas unos y otros en la tarea evangelizadora, marginarse o marginar a otros son contrarios a la voluntad del Señor y a la celebración de la Eucaristía

San Lucas, por su parte, nos muestra que aquellos discípulos que rompieron la comunión con los demás, después de haber compartido el pan y reconocido al Resucitado, vuelven a prisa desde Emaús a la comunidad, a la fraternidad de Jesús que está en Jerusalén (Lc 24, 33). Ya no tienen miedo ni a la noche ni a los peligros. Ahora bien, no son ellos los auténticos protagonistas de la nueva situación después de Pascua. Es Jesucristo resucitado quien ha tomado la iniciativa y ha salido al encuentro de cada uno de sus discípulos que se habían dispersado y vuelto a sus lugares de origen, cuando a Él lo prendieron y crucificaron en la cruz para congregarlos de nuevo y hacer de ellos la “nueva comunidad de los nuevos tiempos”. En ella, ya no vivirán desde ellos y para ellos, sino desde el Señor y para la humanidad.

La Didajé dice: “Como este fragmento estaba disperso sobre los montes, y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder, por Jesucristo, por los siglos” (*Didáje*, IX, 5).

San Agustín, por su parte, nos recuerda que “el que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí”⁶².

Recordemos ahora esta afirmación, siempre actual, de los Obispos españoles: “Cuando nos alejamos unos de otros por evitar dificultades y disminuimos la comunión real con la Iglesia concreta, nos endurecemos en nuestras propias ideas quedándonos solos con nuestra pobreza”⁶³.

Los cristianos de hoy y de siempre estamos llamados a pensar, vivir y actuar en comunión fraterna, y a revisarnos según el modelo de comunión que el Libro de los Hechos de los Apóstoles traza para la Iglesia de siempre (cf. Hch 2, 42-47; 4,

⁶² S. AGUSTÍN, *Sermones de Tempore*, serm. 272, PL 38, 1246.

⁶³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Testigos del Dios vivo*, Madrid, Edice, 1985, n. 38

32-35): “Se trata de la Iglesia reunida en torno a los Apóstoles, convocada por la palabra de Dios, capaz de una compartición que no afecta sólo a los bienes espirituales, sino también a los mismos bienes materiales”⁶⁴.

No nos mostremos indiferentes ante los demás. Somos hijos de Dios en Jesucristo, el Hijo del Padre; somos hermanos en Jesucristo, el Hermano universal; somos servidores en Jesucristo, el Servidor de Dios y de la humanidad.

No levantemos muros ya que nos separan. Tendamos puentes de encuentro y de reconciliación, de perdón y misericordia, de verdad y de justicia, de concordia y de entendimiento entre las personas, los pueblos, las naciones en nuestro mundo.

Juan Pablo II hace un llamamiento a los Sacerdotes exhortándolos a fomentar la comunión eclesial: “Presten los sacerdotes, en su dedicación pastoral, durante este año de gracia, aún mayor atención a la Misa dominical como celebración en la que la comunidad parroquial se reencuentra de manera coral, viendo ordinariamente partícipes también a los diferentes grupos, movimientos y asociaciones presentes en ella”⁶⁵.

Benedicto XVI, por su parte, afirma: “no podemos comulgar con el Señor, si no comulgamos entre nosotros. Si queremos presentarnos ante Él, también debemos ponernos en camino para ir al encuentro unos de otros, Por eso, es necesario aprender la gran lección del perdón: no dejar que se insinúe la polilla del resentimiento, sino abrir el corazón a la magnanimidad de la escucha del otro, abrir el corazón a la compasión, a la posible aceptación de sus disculpas y al generoso ofrecimiento de las propias” (Homilía en Bari (Italia). Solemnidad del Corpus Christi; 2005).

La comunión eclesial ha de generar una cultura de comunión que se caracterice por la acogida y el respeto, la escucha y el diálogo, la corresponsabilidad y la colaboración, la convergencia y la compartición, la colaboración y la ayuda en la vida y misión de la Iglesia. Como podemos ver la comunión nada tiene que ver con el individualismo, la insolidaridad, la indiferencia.

Al hablar de la comunión eclesial, no queremos silenciar la “unidad de los cristianos”. El Sínodo de los Obispos – 2005 afirma: “Todos somos responsables

⁶⁴ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 22. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino*, nn. 22-23. J. ROLOFF, *Hechos de los Apóstoles*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1984, 98-102, 126-131. J. M^a ROVIRA I BELLOSO: “Comunión eucarística, comunión trinitaria y comunión interhumana” en AA.VV., *Eucaristía y Trinidad*, Salamanca, Ed. Secretariado Trinitario, 1990, 203-216.

⁶⁵ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 23. O. González de Cardedal afirma: “La eucaristía es el sacramento no de la unidad preexistente desde nuestros proyectos en común, ideologías, partidos o santidad manifiesta, sino el sacramento de la reconciliación permanente, del acercamiento progresivo de aquellos a quienes casi todo tiene a separarnos y disgregarnos. Sacramento que mantiene como promesa, oferta y tarea una unidad que sólo germinal y volitivamente somos, porque cada día la quiebran nuestros pecados y la niegan nuestros egoísmos, elevados a ideologías” (ID., “La entraña”, o. c., 514).

de esta unidad, por la que Cristo rezó (cf. Jn 17, 21). Todos sentimos el dolor de la separación que impide la celebración común de la Santa Eucaristía. Queremos intensificar en las comunidades la oración por la unidad, el intercambio de dones entre las Iglesias y las comunidades eclesiales, así como los contactos respetuosos y fraternos entre todos, para conocernos mejor y amarnos, respetando y apreciando nuestras diferencias y nuestros valores comunes” (53a) Sínodo...n.24. Además, el Sínodo no silencia a los miembros de las Religiones no cristianas: “como cristianos nos reconocemos muy cercanos a todos los otros descendientes de Abraham: a los judíos, herederos de la primera Alianza, y a los musulmanes. Al celebrar la Eucaristía, nos consideramos también, como dice San Agustín, “sacramento de la humanidad” (*De civ. Dei*, 16), voz de todas las oraciones y súplicas que suben de la tierra hacia Dios” (53b) Sínodo, n.25.

A la altura de nuestra reflexión, no podemos olvidar ni silenciar el mandamiento nuevo del amor que nos confió Jesús. Será señal y distintivo de sus discípulos.

Les invito a meditar y a reflexionar sobre el mandamiento nuevo del Señor:

“Que os améis unos a otros como yo os he amado”

La misma noche de la institución de la Eucaristía, Jesús nos da un mandamiento nuevo: “Que os améis los unos a los otros. Que como Yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros” (Jn 13, 34-35).

El mandamiento del amor está vinculado a la Eucaristía ya que Jesucristo nos ha dejado en ella el testimonio permanente de su amor y de su entrega hasta la muerte por la entera humanidad.

La novedad del amor cristiano radica en que el discípulo de Jesús ama al prójimo como y porque Cristo ha amado a todos los hombres hasta dar su vida por todos. La conjunción “como” significa que el amor de Cristo a todos los hombres no sólo es la norma suprema sino más aún el motivo del amor cristiano al prójimo.

Los rasgos más específicos del amor cristiano son:

- no toma en cuenta el mal ni se alegra de la injusticia, no se deja llevar por la envidia ni busca el interés.
- es desprendido y generoso, gratuito y decoroso, paciente y servicial.
- todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.
- está dispuesto a dar la vida por los demás: “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 13).
- la medida del amor cristiano es “amar sin poner límites”

Estos rasgos deben ser para todos una referencia clara y permanente desde la que nos debemos revisar, examinar...

El amor cristiano es señal del cristiano: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13, 35).

¿Puedo decir que quien me ve, descubre en mí a un auténtico discípulo de Jesucristo?

Juan Pablo II nos ha hablado de la espiritualidad de la comunión y nos ha exhortado a vivirla con realismo y autenticidad. Recordamos estas palabras suyas: hemos de tener “la capacidad de sentir al hermano de la fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico y, por tanto, como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. (...) dar espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6, 2), y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias” (NMI n.43).

En coherencia y continuidad con las enseñanzas del Papa, los obispos españoles afirman: “la comunión con el Cristo total, como afirman los Padres de la Iglesia, comporta darse y acoger al otro como el hermano que me enriquece. Los comensales de la Cena del Señor estamos llamados a vivir y actuar de acuerdo con lo que celebramos. Y esto supone desarrollar una verdadera espiritualidad de comunión” (“La Caridad de Cristo nos apremia”; 25-XI-2004, n.9).

Al final de nuestra vida, el Señor nos examinará sobre el amor: “venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...” (Mt 25, 35ss.). ¿Qué me diría el Señor, si me llamara hoy de este mundo a su presencia?

La eucaristía, manantial permanente de la misión

“La liturgia en la que se realiza el misterio de la salvación se termina con el envío de los fieles (misión) a fin de que cumplan la voluntad de Dios en su vida cotidiana. Enraizados en la vid, los sarmientos son llamados a dar fruto. En efecto, la Eucaristía, a la vez que corona la iniciación de los creyentes en la vida de Cristo, los impulsa a su vez a anunciar el Evangelio y a convertir en obras de caridad y de justicia cuanto han celebrado en la fe. Por eso, la Eucaristía es fuente permanente de la misión de la Iglesia”⁶⁶.

Ya desde los orígenes vemos cómo participar en la mesa eucarística lleva a la misión. Los discípulos de Emaús, una vez que reconocieron al Señor, se levantaron, dejaron su aldea y se marcharon presurosos a Jerusalén para comunicar lo que habían visto y oído. Toda vocación cristiana es una vocación enviada: el Señor nos ha llamado para estar con Él y para enviarnos a predicar el Evangelio.

⁶⁶ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino*, n. 25.

Nos es de extrañar, por tanto, que Pablo VI afirmara: “La Iglesia existe para evangelizar”. “Evangelizar constituye la dicha y vocación de la Iglesia” (EN 14).

Juan Pablo II ha profundizado en estas enseñanzas y pone de relieve cómo la Eucaristía es fuente de la misión:

- “Cuando uno ha vivido una experiencia auténtica del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no puede guardar sólo para sí la alegría experimentada. El encuentro con Cristo, continuamente ahondado en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la urgencia de testimoniar y de evangelizar”⁶⁷.
- “Entrar en comunión con Cristo en el memorial de la Pascua significa, al mismo tiempo, experimentar el deber de hacerse misionero del acontecimiento que aquel rito sacramental actualiza”⁶⁸. La Eucaristía a la vez que corona todo el itinerario de la iniciación cristiana del creyente al misterio de Jesucristo que se realiza en la Iglesia, impulsa a los cristianos a anunciar con obras y palabras el misterio celebrado en la fe y a hacerse pan partido para poderse compartir y repartir con los demás⁶⁹.
- “La fuerza expansiva del ser eclesial tiene su origen en el Cuerpo partido, en la sangre derramada y en el Espíritu entregado de su Señor”⁷⁰. Evangelizar implica anunciar explícitamente a Jesucristo, educar la fe de los miembros de la Comunidad Cristiana, celebrar la salvación en los sacramentos, transformar el mundo y dar testimonio de Dios. Evangelizar, celebrar y transformar el mundo según los designios de Dios son dimensiones de una única misión de la Iglesia: ser sacramento de salvación para todos. Debemos atender los tres aspectos, sin dar de lado a ninguno.

Ser evangelizador y misionero hoy y aquí, mantener viva la memoria de Dios y anunciar a Jesucristo “en nuestra cultura secularizada, que respira el olvido de Dios y cultiva la vana autosuficiencia del hombre”, es el gran compromiso que debemos asumir y realizar todos los cristianos, sostenidos y potenciados por la gracia divina. “No tengamos miedo de hablar de Dios y de llevar con la frente muy alta los signos de la fe”⁷¹.

⁶⁷ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 24. La Conferencia Episcopal Española: “La Eucaristía, a la vez que corona la iniciación de los creyentes en la vida de Cristo, los impulsa a su vez a anunciar el Evangelio y a convertir en obras de caridad y de justicia cuanto han celebrado en la fe. Por eso la Eucaristía es fuente permanente de de la misión de la Iglesia” (*Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino*, n. 25). Cf. J. A. RAMOS GUERREIRA: “Evangelización y Eucaristía para la misión de la Iglesia”, en AA.VV., *Eucaristía y Evangelización hoy*, Salamanca, Univ. Pontificia de Salamanca, 1994, 4-62.

⁶⁸ JUAN PABLO II, *Homilía en la solemnidad del Corpus Christi* (10 de junio de 2004), en *l'Osservatore Romano* (11-12 de junio de 2004), 6.

⁶⁹ *Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino*, n. 25.

⁷⁰ Cf. J. A. RAMOS, *Eucaristía y evangelización hoy*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1994, 46ss.

⁷¹ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 26.

Como Pablo, no nos avergoncemos del Evangelio. De todos y de cada uno, también de ti, depende que Jesucristo sea anunciado en el mundo. Somos miembros de un pueblo profético (LG, 12); no seamos profetas mudos. La misión es de todo el Pueblo de Dios; es responsabilidad de todos los fieles. No debemos permanecer ociosos ni pasivos. A todos nos llama el Señor a ir a trabajar a su viña. Y nos llama a cualquier hora y en cualquier tiempo. No nos hagamos los desentendidos ni los sordos.

Porque somos un pueblo de testigos, nunca debemos enquistarnos ni aislarnos en un círculo de elegidos que se separan del mundo y de los demás. La misa no termina con la comunión, sino que se prolonga en la misión. Lo que hemos visto y oído no es sólo para nosotros; es también para los hermanos y hermanas y para quienes estén dispuestos a escucharlo, acogerlo... Pongámonos en camino. Nos espera la inmensa y hermosa tarea de la liberación y de la salvación. Podemos sentirnos pobres y limitados para llevar a cabo esta tarea; pero no estamos solos. El Señor Jesús se ha quedado con nosotros hasta la consumación de los tiempos; se nos ha dado el Espíritu Santo que es aliento para el camino del servicio apostólico.

¿Qué decir de los evangelizadores? Juan Pablo II manifiesta que “son necesarios heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y sus esperanzas, angustias y tristezas, y, al mismo tiempo, sean contemplativos enamorados de Dios. Por eso, son necesarios nuevos santos: los grandes evangelizadores han sido los santos. Debemos suplicar al Señor para que acreciente la santidad en la Iglesia y nos mande nuevos santos para la nueva evangelización”⁷².

Hoy, mañana y siempre, el Señor nos pregunta: ¿qué habéis hecho de la luz cuando veo a tantos hombres y mujeres que viven en tinieblas? ¿qué habéis hecho del Evangelio cuando hay tantos seres humanos que no me conocen? ¿qué habéis hecho del pan cuando veo a tantos hijos míos que se mueren de hambre, de necesidad?

La Eucaristía nos exige ser solidarios

Una de las grandes preocupaciones de Juan Pablo II fue la defensa y promoción de la paz y de la solidaridad en el mundo. Recordemos estas palabras suyas:

“La Eucaristía es también proyecto de solidaridad para toda la Humanidad. (...) El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a hacerse promotor de comunión, de paz, de solidaridad en todas las circunstancias de la vida.

“La desgarrada imagen de nuestro mundo (...) convoca más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como una gran escuela de paz, en la que se forman

⁷² JUAN PABLO II, “Discurso al VI Simposio de los Obispos de Europa”, en *Ecclesia*, 2242 (1985), 1320-1325

hombres y mujeres que, en diferentes niveles de responsabilidad en la vida social, cultural y política, se hacen artífices de diálogo y de comunión”⁷³.

La Eucaristía imprime en aquellos que participan en ella con verdad una solidaridad y una comunión auténticas con los necesitados. “Es preciso que nuestras comunidades pongan en práctica la manera de hacer de Jesús, que dio de comer a las muchedumbres hambrientas con los panes y peces de la bendición. Allí donde se haga presente la Iglesia, los pobres han de sentirse en su casa, en ella han de tener un lugar privilegiado, pues en el banquete sagrado se celebra ya la esperanza de los pobres que cantan con María las maravillas de Dios en la historia”⁷⁴.

Por eso, gritamos y pedimos con todos los hombres de buena voluntad del mundo:

¡Que se acaben para siempre la violencia y la guerra! ¡Que renazcan la paz y la concordia en el mundo entero! ¡Que nadie tenga que vivir abandonado ni morir en la soledad! ¡Que todos nos hagamos cargo y carguemos con los heridos abandonados en las cunetas de la historia! Ayudados por la gracia divina, trabajemos juntos para levantar el mundo y hacer que sea cada día más fraterno, más libre, más acogedor, más humano, más abierto a Dios (cf. EN 19-20). Nada hay más contrario a la Eucaristía que “adelantarse a tomar su propia cena, mientras otro pasa hambre”.

La relación que existe entre la Eucaristía y la solidaridad necesita no sólo de clarificaciones teóricas, sino de realizaciones concretas, históricas y visibles a favor de los necesitados. En efecto, los cristianos y las comunidades e instituciones eclesiales estamos llamados a desarrollar la “diakonía” como ayuda, solidaridad, compartir fraterno, comunión con los solos, abandonados, dejados a su cuenta, refugiados, tirados en la cuneta de la vida, enfermos. Participar en la Eucaristía es un estímulo que nos ha de llevar a ser servidores del Reino de Dios que es un Reino de gracia y de santidad, de justicia, de paz y de amor (cf. ICort.2,2-4). Podemos decir que el hombre de nuestro tiempo acogerá y tomará en serio la propuesta cristiana —el anuncio de Jesucristo— si la percibe como respuesta significativa al clamor y al grito de sus necesidades humanas. Por ello, vivamos no desde nosotros y para nosotros, sino desde el Señor y al servicio generoso y gratuito de los empobrecidos de la tierra.

⁷³ *Ib.* n. 27. El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que “la Eucaristía entraña un compromiso a favor de los pobres: para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres sus hermanos” (n. 1379). La Conferencia Episcopal Española manifiesta en esta misma dirección que “La Eucaristía, a la vez que corona la Iniciación de los creyentes en la vida de Cristo, los impulsa a su vez a anunciar el Evangelio y a convertir en obras de caridad y de justicia cuanto han celebrado en la fe. Por eso, la Eucaristía es fuente permanente de la misión de la Iglesia. En la Eucaristía se encuentra la fuente de todo apostolado y de todo compromiso a favor de la paz y de la justicia” (*La Eucaristía, alimento del pueblo peregrino*, n. 25). L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, “Eucaristía y solidaridad”, en AA.VV., *o. c.*, 205-224.

⁷⁴ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Caridad de Cristo nos apremia*, Madrid, Edice, 2005, 11)

Cristo-Eucaristía nos pide que nos acerquemos a los más marginados y excluidos de nuestro mundo y que no les demos la espalda. También hoy Dios nos pregunta: ¿dónde está tu hermano?, ¿qué estamos haciendo con los hambrientos de la tierra? Hagamos realidad viva la globalización de la solidaridad para que un día, no lejano, podamos sentarnos todos juntos en torno a la mesa del compartir y disfrutar de los bienes de la creación que Dios ha creado para todos, sin excepción. Por ello, alejemos de nosotros aquellas actitudes y prácticas de explotación de las personas, de acumulación y disfrute egoísta e insolidario de los bienes, de dominio e imposición sobre los demás, de desprecio a los otros.

Pongamos en marcha “una nueva imaginación de la caridad” (Juan Pablo II), para hacernos cercanos y solidarios con los sufrientes para compartir su dolor y erradicar las causas del mismo y con los nuevos crucificados de la historia a fin de bajarlos de las cruces y así devolverles su dignidad. No podemos pasar con indiferencia ante los que sufren. Por eso, debemos estar dispuestos a compartir con los necesitados nuestros bienes, a poner el bien común por encima del bien particular.

El Sínodo de los obispos – 2005 en su Mensaje final afirma con sobrecogimiento: “Ante el Señor de la historia y ante el futuro del mundo, los pobres de siempre y los nuevos, las víctimas de injusticias, cada vez más numerosas, y todos los olvidados de la tierra nos interpelan nos recuerdan a Cristo en agonía hasta el final de los tiempos. Estos sufrimientos no pueden ser extraños a la celebración del misterio eucarístico, que compromete a todos nosotros a obrar por la justicia y la transformación del mundo de manera activa y consciente, a partir de la enseñanza social de la Iglesia que promueve la centralidad de la dignidad de la persona” (n.17)⁷⁵. O. G. de Cardenal escribe: “Una Iglesia que celebra la eucaristía como final de un movimiento de condescendencia, compromiso y entrega de Dios con la historia dejándose asumir por ella, la descubre por consiguiente como una introducción al correspondiente movimiento responderte: desde la eucaristía ella va al compromiso y a la solidaridad con todos los hombres”⁷⁶.

De la mesa eucarística a la mesa del pobre

Juan Pablo II manifiesta que “el sacramento de la Eucaristía no se puede separar del mandamiento de la caridad. No se puede recibir el cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed, son explotados o extranjeros, están encarcelados o se encuentran enfermos”⁷⁷.

⁷⁵ “La eucaristía: pan vivo para la paz del mundo”, en *Ecclesia*, 3281 (2005), 38.

⁷⁶ O. GARCÍA DE CARDEDAL, “La entraña”, *o. c.*, 515.

⁷⁷ JUAN PABLO II, “Homilía en la Misa de clausura del XLV Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla”, en *Ecclesia*, 2637/2638 (1993), 934.

Ya los Santos Padres de la Iglesia afirmaron con nitidez que participar en la Eucaristía lleva consigo asumir la causa de los pobres participando en su liberación integral. ¡Que desaparezca para siempre el hambre del mundo!

Recordemos el testimonio de San Juan Crisóstomo: “¿deseas honrar el Cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez”⁷⁸. No podemos honrar el Cuerpo eucarístico de Cristo y despreciarlo en los pobres, en los desvalidos. Participar en la Eucaristía exige ponerse “al servicio de los últimos”. ¡Que desaparezca para siempre el hambre del mundo!

Juan Pablo II nos hizo esta llamada urgente y de plena actualidad:

“¿Por qué no hacer de este Año de la Eucaristía un período en que las diferentes comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan de modo especial a salir al encuentro, con laboriosidad fraterna, de alguna de las tantas pobreza de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre, que atormenta a cientos de millones de seres humanos; pienso en las enfermedades que afligen a los países en vías de desarrollo, en la soledad de los ancianos, en las estrecheces por las que atraviesan los desempleados, en las adversidades que afrontan los inmigrantes. (...) No podemos engañarnos: por el amor recíproco y, en especial, por el desvelo por el necesitado seremos reconocidos como discípulos auténticos de Cristo (cf. Jn 13, 35; Mt 25, 31-46). Este es el criterio básico merced al cual se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas”⁷⁹.

⁷⁸ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía sobre el Evangelio de San Mateo*, 50, 3, PG 58, 508.

⁷⁹ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 28. Juan Pablo II dijo: “No digáis que es voluntad de Dios que vosotros permanecáis en una situación de pobreza y enfermedad, en una vivienda contraria a vuestra dignidad de personas humanas. No digáis: ¡es Dios quien lo quiere!. La Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres. (...) Quiere extraer toda la verdad contenida en las bienaventuranzas de Cristo y sobre todo en la primera: «bienaventurados los pobres de Espíritu» [“Discurso a los habitantes de la Favella Vidigal” (2 de julio de 1980)]. “Del altar eucarístico, corazón pulsante de la Iglesia, nace constantemente el flujo evangelizador de la palabra y de la caridad. Por ello, el contacto con la Eucaristía ha de llevar a un mayor compromiso por hacer presente la obra redentora de Cristo en todas las realidades humanas. El amor a la Eucaristía ha de impulsar a poner en práctica las exigencias de justicia, de fraternidad, de servicio y de igualdad entre los hombres” (“Homilía en la clausura del congreso Eucarístico de Sevilla (España), el día 13 de junio de 1993”, en PONTIFICIUS COMITATUS (ed.) *Christus, lumen gentium: Eucharistia et evangelizatio. XLV Conventus Eucharisticus Internationalis, Sevilla 7-13.VI.1993*, Roma, Ex Aedibus Vaticanis, 1994, 1156). La Comisión Episcopal de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal Española manifiesta: “La Iglesia sabe que ese encuentro con los pobres tiene para ella un valor de justificación o de condena, según nos hayamos comprometido o inhibido ante los pobres. Los pobres son sacramento de Cristo” (*La Iglesia y los pobres: caridad en la vida de la Iglesia*, Madrid, Edice, 1994, n.9.). “Sólo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar testimonio coherente y convincente del mensaje que anuncia. (...) El mundo al que debe servir la Iglesia es para nosotros preferentemente el mundo de los pobres” (*Ib.*, n. 10). “Los mejores cristianos de la historia, los Santos, han entendido el seguimiento de Jesús bajo esta forma de servicio y entrega por amor a los hombres, en especial a los más débiles y necesitados...La Iglesia y los cristianos de todos los tiempos, como seguidores de Cristo, hemos recibido el encargo primordial de servir por amor a Dios y a los hombres, con entrañas de misericordia especialmente a los más débiles y necesitados” (*Ib.*, n. 13).

Este misterio eucarístico se realiza hoy en nuestros altares. Jesucristo se sienta a la cabecera de la mesa eucarística y Él mismo a través de las manos del Sacerdote nos da hoy su Cuerpo entregado por nosotros y su Sangre derramada por nuestros pecados.

¡Misterio de amor y de gracia! ¡Misterio de fe!
Acojámoslo con fe y amor, con gozo y esperanza.
Llevemos una existencia eucarística.
Gracias, Señor, por la Eucaristía

Llegados a este punto, nos parece necesario recordar que “la Iglesia no excluye a nadie de su amor. Si ama con preferencia a los más débiles y vulnerables, es para que su abrazo materno alcance a todos. No estamos ante una ideología, sino ante una opción de fe, amor y esperanza (cf. NMI 49). La opción preferencial por los últimos es ya una expresión de la acción evangelizadora. Con ella, como afirma Juan Pablo II, volvemos a sembrar las semillas del reino en la marcha de la historia, en el corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Quien opta desde la fe y el amor por los pobres, colabora en el advenimiento del reino de la justicia, del amor y de la paz”⁸⁰.

Testimonios de algunos teólogos. O. González de Cardedal nos ofrece unas reflexiones muy útiles: “No hay por ello celebración verdadera, si a la vez que recibimos el pan que Cristo nos parte a nosotros, de una u otra forma no repartimos nuestro pan a los hermanos. En la primitiva Iglesia la comunión eucarística y la acción social iban unidas y el obispo que repartía la palabra y celebraba la eucaristía con los presbíteros y diáconos, con su ayuda organizaba la beneficencia de la caridad. Una Iglesia que celebra la eucaristía como final de un movimiento de condescendencia, compromiso y entrega de Dios con la historia, dejándose asumir por ella, la descubre por consiguiente como una introducción al correspondiente movimiento respondiente: desde la eucaristía ella va al compromiso y a la solidaridad con todos los hombres. Sólo así es real la celebración, porque sólo así «hacemos esto en memoria» de Jesús. Esto significa que la Iglesia tiene que revisar permanentemente su forma de existencia, su relación con el mundo, sus colaboraciones, predilecciones y rechazos para ver si está viviendo una existencia eucarísticamente determinada a favor de todos aquellos por quienes Cristo murió y con quienes convivió: los pobres de la tierra, los marginados, los apesadumbrados por el pecado, la finitud y la dureza del camino hacia la verdad, los que sufren soledad, exilio, hambre, desesperanza, injusticia, sinsentido. Sólo así revela al «Christus traditus» y a Dios (...) como trascendencia, que engendra libertad, como inmanencia creadora de gracia y de juicio ya en este mundo” (O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “La entraña”, *o. c.*, 515-516).

Jon Sobrino nos propone una reflexión sobre la misericordia a la que llama “el principio misericordia”. “Misericordia significa reacción ante el sufrimiento ajeno que se ha interiorizado, que se ha hecho una misma cosa con uno mismo, para salvar. Es reacción primera y última, desde la cual cobrarán sentido otras dimensiones del ser humano, pero sin la cual ninguna otra cosa llega a ser humana. En esa misericordia se realiza el ser humano cabal.(...) La misericordia es, pues, el modo correcto de responder a la realidad, y es también el modo último y decisivo, como lo sanciona la parábola del juicio final. Todo, absolutamente todo, pende del ejercicio de la misericordia. De ella depende la salvación trascendente, pero también el vivir ya en la historia como seres humanos salvados. (...) Esta misericordia debe ser ejercitada de diversas maneras según sea el herido en el camino. (...) Lo que aquí nos interesa recalcar, sin embargo, es la primariedad y ultimidad de la misericordia como acto primordial del espíritu” (J. SOBRINO, “Espiritualidad y seguimiento de Jesús”, en I. ELLACURÍA e ID. (eds.), *Mysterium Liberationis: conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, vol. II, Madrid, Trotta, 1990, 454-456).

⁸⁰ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La caridad de Cristo nos apremia*, n. 13

La Eucaristía y la solicitud por los pobres.

El amor a los demás que nace y brota de la Eucaristía no puede quedarse reducido a grandes declaraciones de principios, ni a frases hechas, ni a proclamas retóricas.

De la Eucaristía brotan y surgen el servicio a los pobres y el testimonio de la caridad cristiana, la defensa y promoción de la vida de cada persona, la lucha por la justicia y la permanente búsqueda de la paz:

- Participar en la Eucaristía no nos deja encerrados en nosotros mismos, sino que nos impulsa a implicarnos y trabajar en una mejor distribución de los bienes de la tierra y de los bienes espirituales. La Eucaristía es “principio y proyecto de misión”.
- Participar en la Eucaristía nos exige afrontar y asumir alguna de las múltiples pobreza de nuestro mundo. De este modo se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.

La Eucaristía es inseparable de la preocupación fraterna por el prójimo, lugar donde Jesucristo nos sale al encuentro cada día. Presente en la Iglesia y en los sacramentos, el Señor vive en el corazón de cada ser humano y está de forma misteriosa pero real en los empobrecidos de la tierra.

El sacramento de la Eucaristía y el sacramento del hermano no son dos realidades separables, aunque sí son dos realidades distintas. No hay verdadera celebración de la Eucaristía si, a la vez que recibimos el Pan de Vida bajado del cielo, Jesucristo, de una u otra forma no compartimos nuestro pan con los necesitados. No hacerlo sería un contrasentido, una burla y una falta de respeto para los pobres de nuestro entorno y del mundo.

Los cristianos debemos sentirnos obligados a pasar “de la mesa de la Eucaristía” a “la mesa del pobre”, a hacernos “servidores de los pobres”, a poner “nuestra mesa entre los pobres”. No olvidemos que el pobre es “sacramento de Jesucristo”, por ello no podemos honrar el Cuerpo eucarístico de Cristo y despreciarlo en los pobres y desvalidos, en los hambrientos y necesitados.

Las “Caritas”, las Conferencias de San Vicente de Paúl y otras instituciones servidoras de los necesitados son, en su entraña más profunda, manifestaciones de la caridad de la Iglesia diocesana, de la parroquia; por eso todos debemos sentirnos corresponsables de su funcionamiento, de su vitalidad, de su dinamismo, de su carácter profético. No nos mostremos indiferentes ante ellas.

Juan Pablo II afirma que “San Pablo reitera con fuerza que no es lícita una celebración eucarística en la que no resplandezca la caridad, atestiguada por un compartir concreto con los más pobres”⁸¹.

⁸¹ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, n. 28

Asumir y realizar este compromiso no es tarea fácil. Necesitamos la ayuda del Señor para llevarla a cabo. En este sentido suplicamos a Dios: “Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido”⁸². Uno de los signos, por no decir el más grande, de la credibilidad de la Iglesia ante el mundo es su entrega y servicio a los pobres, de cerca y de lejos.

3.5. *El día del Señor. La Misa dominical*

“Haced eso en memoria mía”

La Iglesia celebra ayer, hoy y siempre la Eucaristía en obediencia a la voluntad de Jesucristo: La víspera de su Pasión, Cristo instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y resurrección, y mandó que fuera celebrada por los apóstoles y sus sucesores hasta el final de los siglos: “Haced esto en conmemoración mía” (Lc 22, 19). De esta orden nace la celebración de la Eucaristía. “La Iglesia celebra la Eucaristía en virtud de la potestad y del encargo que le dio Jesús. La institución de la Cena por el Jesús histórico es el fundamento decisivo de toda la práctica y del dogma eucarísticos”⁸³.

Los Apóstoles comprendieron desde el principio que la intención de Jesús abarcaba tanto la consagración del pan y como la del cáliz de vino.

San Pablo recuerda a los cristianos de la Comunidad de Corinto que Jesús está en el origen de la tradición referida por él: “Yo he recibido una tradición que viene del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía” (1 Co 1, 23-25).

La Iglesia de Coria-Cáceres, en los comienzos del s. XXI, también confiesa: “He recibido una tradición que se remonta hasta el Señor. En esta tradición está contenida la celebración de la Eucaristía. Guardaremos la Eucaristía por fidelidad al Señor y servicio a la Humanidad, y la transmitiremos a las generaciones venideras. No podemos llamarnos cristianos y no cumplir el mandato de Jesús: “Haced esto en memoria mía”. La Eucaristía dominical es una necesidad vital de los cristianos y por eso es precepto de la Iglesia. Sin la celebración del domingo, día del Señor, los cristianos no podemos sobrevivir.

La Iglesia existe y está en el mundo para mantener viva la memoria del Jesucristo vivo, para cumplir el encargo que nos dio: “Haced esto en memoria mía”.

⁸² *Plegaria eucarística V/b*

⁸³ J. BETZ, *o. c.*, col. 952.

¿Qué implica hacer esto en memoria mía?

- Hacer memoria de Él, de su persona antes que de sus obras, comportamientos, preceptos. Hemos de hacer memoria del Señor para poder ser testigos de Él ante todos.
- Hacer memoria del amor que lo movió desde el comienzo a predicar el Reino de Dios, como presencia de gracia y de salvación para la humanidad.
- Hacer memoria de Jesús en la acción litúrgica, recordando su amor total en la vida diaria: “Nos amó hasta el extremo” (Jn 13, 1; cf. Jn 13, 14-15). La medida del amor es “amar sin medida”.
- Hacer memoria del signo que Jesús acaba de crear ante ellos. No se trata de repetir aquel acto único que tuvo lugar una vez para siempre, sino de actualizarlo insertándose en él e identificándose con el Señor⁸⁴.

Celebramos la Eucaristía el domingo

“Aunque la Eucaristía se celebra cada día, y en cualquier momento del día, ciertamente la Eucaristía dominical tiene una mayor capacidad significativa. La Comunidad cristiana se reúne con su propio pastor “para celebrar el misterio pasual: leyendo cuanto a Él se refiere en toda la Escritura (Lc 24, 27), celebrando la Eucaristía en la cual se hace de nuevo presente la victoria y el triunfo sobre su muerte y dando gracias al mismo tiempo a Dios por el don inefable (2 Co 9, 15) en Cristo Jesús para alabar su gloria (Ef 1, 12), por la fuerza del Espíritu Santo” (SC 6).

En esta misma dirección, Juan Pablo II enseña que “la Eucaristía dominical, con la obligación de la presencia comunitaria y la especial solemnidad que la caracterizan... subraya con nuevo énfasis la propia dimensión eclesial, quedando como paradigma para las otras celebraciones eucarísticas. Cada comunidad, al reunir a todos sus miembros para la “fracción del pan”, se siente como el lugar en el que se realiza concretamente el misterio de la Iglesia”⁸⁵. La celebración del domingo se convierte por tanto en un “signo de fidelidad al Señor”, de “identidad cristiana” y de “pertenencia a la Iglesia”⁸⁶.

En fidelidad al mandato de Jesús celebramos la Eucaristía de modo peculiar y especial el Domingo. Nos preguntamos ahora: ¿por qué en domingo?

Hagamos un breve y sencillo recorrido por la historia.

⁸⁴ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “La entraña”, *o.c.*

⁸⁵ JUAN PABLO II, Carta Ap. *Dies Domini*; 31-V-1998, 34.

⁸⁶ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción pastoral *Sentido evangelizador del domingo y de las fiestas*, 22-V-1992, 7; 10, 14 y 28.

La Comunidad cristiana de Tróada. Los primeros cristianos, como los de la comunidad cristiana de Tróada, decían: “el primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan” (Hch 20, 7-12).

La Didajé (s. II) afirma: “reunidos en el día del Señor, el domingo, partid el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados para que sea puro vuestro sacrificio” (14, 1).

Plinio el Joven (s. II) dirige una apología al emperador Antonio y al Senado Romano en la que constata la costumbre de los cristianos de “reunirse un día fijo antes de salir el sol y de cantar juntos un himno a Cristo como a un dios”.

San Justino (a.150) escribe: “El día que se llama día del sol (nuestro domingo), todos los que vivían en las ciudades y en el campo se reunían en un mismo lugar” (Apol., I, 67,3).

Los Mártires de Abitinia (S.IV). Recordemos un hecho histórico de relieve: durante la persecución del Emperador Diocleciano, las asambleas de los cristianos, que se celebraban los domingos, fueron prohibidas bajo pena de muerte. Con todo, hubo cristianos que no faltaron a la Eucaristía dominical: son los Mártires de Abitinia, (hoy Bedjez-el-Bab; Túnez) del siglo IV. Eran treinta y un hombres y dieciocho mujeres. Fueron detenidos mientras participaban en la eucaristía en casa de Octavio Félix; posteriormente fueron conducidos a Cartago para ser interrogados por el procónsul Azulino. Era el 12 de febrero del año 304. El procónsul les preguntó porque habían transgredido la orden del emperador. Uno de ellos, llamado Emérito, respondió en nombre de todos: “sin la Eucaristía no podemos vivir”. Sufrieron tremendas torturas y murieron mártires⁸⁷.

Preguntémonos ahora por los motivos de la primacía del Domingo sobre los otros días de la semana:

San Basilio (s. IV) denomina el Domingo como “*anastásimos hemera*”, el día de la resurrección, y precisamente por ello es el centro de todo el culto. Habla también del “santo domingo, honrado por la resurrección del Señor, primicia de todos los demás días”.

El Concilio Vaticano II enseña que “la Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del día mismo de la resurrección de Cristo, celebra el Misterio Pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón “Día del Señor” o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos” (1 Pe 1, 3). Por esto, “el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad

⁸⁷ A. G. MARTIRMORT, *La Iglesia en oración*, Barcelona, Herder, 1964, 722-723.

de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo” (SC. 106).

En este mismo sentido, Juan Pablo II afirma: “desde hace dos mil años, el tiempo cristiano está marcado por la memoria del aquel “primer día después del sábado” (Mc 16, 2. 9; Lc 24, 1, Jn 20, 1), en el que Cristo resucitado llevó a los apóstoles el don de la paz y del Espíritu (cf. Jn 20, 19-23). La verdad de la resurrección de Cristo es el dato originario sobre el que se apoya la fe cristiana (cf. 1Co 15, 14), acontecimiento que es el centro del misterio del tiempo y que prefigura el último día, cuando Cristo vuelva glorioso”⁸⁸.

Por todo ello, Juan Pablo II nos dice: “póngase especial empeño en redescubrir y vivir plenamente el domingo como día del Señor y día de la Iglesia (...) Si el fruto de este Año Eucarístico se limitara al de reavivar en todas las comunidades cristianas la celebración de la Misa dominical e incrementar la adoración eucarística fuera de la Misa, este Año de gracia conseguiría un resultado significativo”⁸⁹.

3.6. *Llamados a vivir una existencia eucarística*

Comulgar con el Cuerpo y la Sangre de Cristo nos ha de llevar a asemejarnos cada vez más con el Señor a quien recibimos sacramentalmente.

¿En qué consiste la existencia eucarística?

Para dar una respuesta adecuada a este interrogante contemplemos a Cristo y de este modo descubriremos y conoceremos los contenidos básicos de esta existencia.

Creemos que la existencia eucarística consiste en interiorizar, identificarse y vivir el misterio de Jesucristo celebrado en la Eucaristía. Por tanto, esta existencia estará constituida por el amor y la entrega, la misericordia y la compasión, la compartición y la solidaridad, la renovación personal y la participación en la transformación social, el anuncio de la muerte salvadora y liberadora de Jesucristo y la proclamación de su resurrección, la invocación del Espíritu Santo y la acción de gracias al Padre por Cristo en el Espíritu Santo. Se hará realidad en nosotros las palabras de San Pablo: “tened los mismos sentimientos que tuvo Jesús...” (Fip 2, 5).

¿Qué actitudes espirituales fomenta la Eucaristía? Sin ánimo de agotar el tema, nos atrevemos a presentar las siguientes:

- La gratitud por los bienes recibidos del Señor ya que la Eucaristía significa “acción de gracias”. Los cristianos somos hacedores de acción de gracias: “todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del

⁸⁸ JUAN PABLO II, Carta Ap. *Novo Millennio Ineunte*, Madrid, BAC, 2004, n. 35.

⁸⁹ JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine*, nn. 23 y 29. Benedicto XVI afirma que: “No se trata de positivismo o ansia de poder, cuando la Iglesia nos dice que la Eucaristía es parte del domingo (*Homilía*, Colonia, Explanada de Marienfeld, 21-VIII-2005).

Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre” (Col 3, 17) y han de mostrarse “rebotantes en acción de gracias” (Col. 2, 7).

- La autoentrega que ha de conducir al cristiano no sólo a mostrar los contenidos del Evangelio sino a vivirlos en lo concreto de sus días y de su situación existencial: matrimonio, vida consagrada, sacerdocio... El Cuerpo entregado y la Sangre derramada de Cristo son la expresión del Señor que se entrega por todos en forma y condición de servidor (cf. Fip 2, 6-8); Jesús “no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por todos” (cf. Mc 10, 45). Por ello, podemos afirmar que nuestra entrega ha de ser signo transparente y claro de la entrega y ofrenda de Jesús.
- La caridad: la Eucaristía participada ha de hacer de nosotros una realidad recibida y una realidad entregada y regalada a los demás, especialmente a los más necesitados. El Concilio Vaticano II enseña que “mientras los presbíteros se unen con la acción de Cristo Sacerdote, se ofrecen todos los días enteramente a Dios, y mientras se nutren del Cuerpo de Cristo, participan cordialmente de la caridad de quien se da a los fieles como pan eucarístico” (PO 13). Esta caridad nos urge a entender y vivir nuestra existencia como “pro-existencia” como Jesús.
- La contemplación y adoración de Jesucristo presente en la Eucaristía. Ahora bien, la adoración no sustituye la celebración de la Eucaristía sino que nace y brota de ella. Esta contemplación del Señor nos ha de llevar a asumir hasta el fin el destino de Jesús, “confiando la vida a los hombres en servicio y la muerte a Dios como ofrenda”.

3.7. María, “Mujer eucarística”

Encíclica: “Redemptoris Mater”

Juan Pablo II en su Encíclica *Redemptoris Mater* habla de la relación existente entre la Stma. Virgen María y la Eucaristía. Veámoslo:

“La maternidad espiritual de María ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado banquete -celebración litúrgica del misterio de la Redención-, en el cual Cristo, su verdadero cuerpo nacido de María Virgen, se hace presente” (n.44).

“La piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Stma. Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las Familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos, incluso juveniles, en la pastoral de los santuarios marianos” (n.44).

Termina el Santo Padre este apartado con estas palabras: “María guía a los fieles a la Eucaristía” (n.44). Dejémonos, pues, guiar por Ella.

Encíclica: “Ecclesia de Eucharistía”

Juan Pablo II habla también de la Virgen María y la Eucaristía en esta Encíclica:

El Papa, cuya devoción mariana es conocida por todos, llama a María con este título nuevo: “Mujer eucarística”. El capítulo sexto de la encíclica *Ecclesia de Eucharistía* es tal vez el más novedoso por su contenido teológico y por la exposición que el Papa hace, casi en un permanente paralelismo entre el misterio de la Stma. Eucaristía y el misterio de la Stma. Virgen María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia.

¿Qué significa esta expresión? El mismo Papa nos lo dice: “María es mujer eucarística con toda su vida. La Iglesia ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio”. Desentrañemos esta afirmación del Papa:

- “María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación (...). “A María se le pidió creer que quien concibió “por obra del Espíritu Santo” era el “Hijo de Dios” (cf. Lc.1,30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino”.
- Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en “tabernáculo” donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como “irradiando” su luz a través de los ojos y la voz de María.
- El canto del “Magnificat” de María es un canto eucarístico ya que María exalta la bondad y misericordia de Dios que se extienden de generación en generación. La Eucaristía es comunión con Cristo, y cántico de alabanza y de acción de gracias al Padre por Cristo en el Espíritu Santo.”En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de maría. Es una verdad que se puede profundizar relejendo el Magnificat en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama “mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exalta en Dios, mi Salvador, lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre “por

Jesús” y “con Jesús”. Esto es precisamente la verdadera actitud eucarística” (EdE 58).

- La mirada maternal y amorosa de María al contemplar el rostro de su hijo Jesús, recién nacido, y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?”.
- María presenta a su Hijo en el Templo de Jerusalén (Lc 2, 22). Cuando llevó al niño Jesús al Templo de Jerusalén “para presentarlo al Señor” (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería “señal de contradicción” y también una “espada traspasaría su alma”. En el sacrificio de la Eucaristía se realiza el sacrificio de Cristo por nosotros. Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el “stabat Mater” de la Virgen al pie de la cruz, preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de “Eucaristía anticipada” se podría decir, una “comunión espiritual” de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración de la eucaristía, presidida por los Apóstoles, como “memorial” de la pasión.
- ¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros» (Lc 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¡era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz” (...)

En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar relejendo el Magnificat en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias”⁹⁰.

Santa María, tómanos de la mano, como Madre Buena, y llévanos a la Eucaristía de donde hemos de sacar fuerza necesaria para alabar y dar gracias a la Trinidad Santísima, para tender a la santidad, para realizar la misión de la Iglesia, para poner en práctica los planes pastorales y para ordenar todo a ella como a su culmen⁹¹.

⁹⁰ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, nn. 55, 56 y 58.

⁹¹ *Ib.*, n. 60.